

ANTOINETTE
PESKÉ



LA CAJA
DE
HUESO



Lectulandia

La caja de hueso es el turbador relato de un hombre sumido en la locura por un amor que, en su ansioso afán de posesión, le lleva más allá de la muerte. La idea de la locura de amor había interesado siempre a Antoinette Peské. Cuando en 1931 supo de un hombre que acababa de salir del manicomio donde había ingresado por ese motivo, consiguió entrevistarse con él y algunos de los detalles que éste le confesó la impresionaron de tal forma que escribió casi sin aliento su relato. Los tempestuosos abismos, indefinidos e inquietantes, del alma humana y la devastadora violencia de sus sentimientos están reflejados con una franqueza al mismo tiempo ingenua y provocativa, hoy intensamente seductora. La obra fascinó desde su publicación a los pocos que tuvieron oportunidad de leerla, entre quienes se cuentan Jean Cocteau y Pierre Mac Orlan. Pero su difusión fue escasa y cayó en el olvido hasta su rescate en Francia.

Lectulandia

Antoinette Peské

La caja de hueso

El ojo sin párpado - 32

ePub r1.0

Titivillus 25.08.16

Título original: *La boîte en os*
Antoinette Peské, 1931
Traducción: Elena del Amo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

DE paso por Londres aquel año de 1893, pródigo para mí en acontecimientos singulares, estaba esperando a una persona conocida en un club del West-End.

Como el periódico había dejado de interesarme, me distraje tratando de reconocer la nacionalidad de los ocupantes de la sala en que me encontraba, por su forma de estar sentados.

Naturalmente, sobre todo había ingleses, que disfrutaban de su butaca como si formaran parte de ella (¿acaso existe en el mundo un pueblo que sepa sentarse más confortablemente?), un francés, como si estuviera sobre un acerico lleno de agujas, varios americanos con muchísimo desparpajo, y dos alemanes, muy incómodos debido a su corpulencia.

A mi lado había un hombre al que no había visto, pues mi mirada y mi pensamiento se habían fijado sólo en sus zapatos.

Inmediatamente, me dije: «Unos zapatos tan estafalorios hubieran hecho feliz a Mac Corjeag, pues le encantaba la excentricidad en el calzado».

El recuerdo de aquel pobre muchacho, internado desde hacía diez años, debió pesarme en la nuca: me quedé estúpidamente inclinado hacia las puntas de los pies de mi vecino...

A John Mac Corjeag, el sombrío escocés, le había conocido en Edimburgo, en un colegio donde yo enseñaba francés mientras preparaba un examen de derecho. Inmediatamente me había seducido la fuerte personalidad de aquel alumno tres años más joven que su profesor, la originalidad de sus ideas, su verdadero talento de pintor y, debo confesarlo, su extraordinario rostro, tanto por su forma como por su expresión.

Con frecuencia iba con John a Goldloch, su pueblo natal, perdido en alguna parte al pie del Ben-Y-Gloe, en los Grampians, pero que él y yo sabíamos encontrar perfectamente cuando llegaban las vacaciones; él porque un highlander sueña con sus montañas como un saboyano con sus Alpes, yo porque había empezado a amar aquella región hasta el punto de lamentar que no fuera la mía.

A decir verdad, sentía en la Escocia de las Highlands lo que no he sentido en ninguna parte en el transcurso de mis numerosos viajes a través de Europa. Sus montes, cuyas cimas casi siempre perdidas en la bruma dan la impresión de que tocan el cielo, sus lagos de plomo fundido, cuyas aguas son tan profundas que parecen las aberturas del infierno, hacen que las pasiones humanas experimenten alternativamente elevaciones y descensos increíbles. La Escocia del Norte es en mi opinión, por excelencia, el ámbito del sueño, de la contemplación interior y del amor. ¿Será por esta razón por la que es también el ámbito del diablo? No podréis evitar

una sonrisa, pero os aseguro que cuando me he inclinado sobre el lago negro de Goldloch, he visto, en varias ocasiones, aparecer detrás de mí al enviado de las tinieblas. Seguramente era el efecto de la niebla, a través de la cual el sol, cuando se mostraba, tenía risa de loco, de un árbol que se alzaba negro y amenazador sobre una cresta mientras sus hermanos eran todos invisibles, del silencio que rompía un pájaro de siniestro grito... Pero yo vi al diablo allí, y me sedujo.

John y yo disfrutábamos de total libertad entre su padre, el reverendo Jeremy Mac Corjeag, *clergyman* rigorista a ultranza en lo que a él se refería, que no veía nada a su alrededor, y su madre, la esposa del pastor, consumida de castidad, que se mantenía a distancia de los varones.

Muchas veces andábamos días enteros por montes y valles, meditando o discutiendo, charlando con todo el ardor que se pone a los veinte años en los debates sobre el Arte, la Filosofía, el Amor.

Los padres de mi amigo parecían no solamente ignorar nuestras ausencias, sino también nuestra presencia. Verdaderamente, formaban una pareja muy extraña.

El marido como un grueso árbol carcomido por dentro, con un ramaje rojo sangre de toro rodeando un rostro inexistente. La esposa, al lado, como un cuervo. Debía, según decían, sus cabellos negros y su figura menuda a una lejana ascendencia española, pero en absoluto aquel gesto huraño y duro que nunca abandonaba.

Ni a él ni a ella les gustaba hablar. Cuando se intentaba entablar una conversación con cualquiera de ellos, el uno os mostraba un pasaje del Evangelio para que lo retuvierais en la memoria, la otra os respondía con palabras agresivas, que quitaban las ganas de seguir intentándolo, y no os miraba jamás.

Observando al hijo entre sus progenitores, se podía creer que John era un niño abandonado recogido por el pastor y su mujer, pues parecía absolutamente inverosímil que fuera el producto de su concepción. Pero la duda dejaba de subsistir para quien hubiera visto al abuelo paterno con el nieto. Su profunda inteligencia, en la que se hundían alternativamente una tristeza desesperada y la dicha más alegre, su sorprendente imaginación e incluso su caricaturesca cabeza, John las había heredado del abuelo Alen Mac Corjeag.

Tenía un magnífico aspecto aquel anciano con su barba blanca tan larga como su *kilt*, del que salían unas rodillas desnudas y delgadas, resistentes como el acero y velludas como las patas de las cabras de las montañas.

Viudo a edad temprana, se había ido a la India y a Persia. Allí, se dedicó a su oficio de arqueólogo e historiador e hizo importantes descubrimientos que le valieron las felicitaciones personales de su rey. Pero al llegar la vejez, volvió a sus tierras altas y adoptó el traje de sus antepasados. Ahora vivía solo con su criado-cocinero, tan viejo como él, en un castillo construido en el estilo jacobino de hacia 1625, que expresaba con esplendor el espíritu del Renacimiento. El castillo había sido legado a uno de sus antepasados por Jacobo I.

Los pasatiempos favoritos de sir Alen Mac Corjeag eran la poesía (componía

poemas y los cantaba) y la caza de gamos (a condición de no matar ninguno, sino de pasar horas y horas saltando de roca en roca). La mujer de Alen, Katheleen, criatura frágil, había muerto al dar a luz un hijo: Jeremy, al que había transmitido un cuerpo y un alma enfermizos.

Alen no estaba precisamente orgulloso de su progenitura y por eso se había alegrado de encontrar en su nieto un descendiente digno de los Mac Corjeag: robusto, inteligente, artista. Cuando John deseó seguir los estudios de Bellas Artes, ante la consternación de sus padres, tuvo en su abuelo un defensor enérgico y obtuvo el permiso deseado. Con gran pesar por mi parte, no me fue posible ver el desarrollo de su talento: me casé con una francesa y ya no volví a salir de Francia.

John vino dos o tres veces a París, a mi casa, y luego nos escribimos. Pero las cartas del soñador de las Highlands eran escasas. Con los años, cesaron. Mac Corjeag me informó sin embargo de su boda de una forma lacónica que hirió un poco mi amistad, y por azar, dos años más tarde, me enteré de su internamiento.

La noticia me trastornó, como podéis imaginar, y partí hacia Londres inmediatamente, con el propósito de visitar a mi amigo y de obtener de sus labios explicaciones tranquilizadoras. No quería creer que realmente se hubiera vuelto loco. Durante el tiempo que duró el viaje, repasé en mi memoria algunas de nuestras conversaciones, las palabras extrañas que había podido decir, los gestos que había podido hacer —que quizá no eran los de todo el mundo—, y de repente dos imágenes cuyas que me sorprendió ver grabadas en mi cerebro se presentaron casi simultáneamente a mis ojos.

Volví a ver a Mac Corjeag pintando un lago en las inmediaciones de un bosque. El sol poniente aquel día deslizaba sobre el agua, sombría porque languidecía al pie de una montaña, un reflejo de un color indefinible que, en esa región brumosa, parecía contener elementos mágicos. Aquel reflejo en el lago no podía dejar de seducir a mi John. Sin embargo, no llegó a captarlo. Unas veces se le escapaba su fluidez, otras sus matices que cambiaban de un minuto a otro y parecían burlarse de él. Era tarde y el reflejo ya no estaba, pero Mac Corjeag seguía obstinado en perseguirlo. Yo no cesaba de exhortarle para que volviéramos a su casa, recordándole cuánto nos habíamos alejado de la vicaría; pero él, lleno de furor, me gritó:

—¡No! ¡Yo me quedo, quiero quedarme! Iré a buscarlo allí...

Y me señaló el agua que ahora estaba completamente negra. Ya había asistido antes a sus desesperaciones de artista, semejantes a las desesperaciones de un amante despechado o de un niño mimado, pero no sé por qué, aquel día, me impresionó más que de costumbre su insensata obstinación, su mirada ausente, como si sus ojos se hubieran vaciado, y su actitud extraviada. No pude evitar decirle que si no se decidía a dominarse un poco, corría el riesgo de perder la razón. Entonces se echó a reír, con su potente risa que parecía sacudir violentamente las colinas y, recogiendo sus pinceles esparcidos, se decidió a seguirme. Era ya noche cerrada.

También volví a ver a Mac Corjeag tumbado en el monte y descansando a mi

lado. Abrí un viejo periódico y le leí casualmente que una mujer a la que por multitud de razones todos consideraban loca había medio devorado la cara de su hermana enferma y tullida, a la que estaba tiernamente unida. Añadí:

—¡Puedes creer semejante cosa! Es un hecho nunca visto.

John no respondió nada y continué mi lectura para mí solo, cuando, al cabo de un momento, me interrumpió para decirme:

—No comparto tu indignación, ese hecho es completamente natural. ¿Acaso existe un medio más seguro de poseer lo que se ama que asimilarlo, arrebatárselo a su sustancia? Lo único que me sorprende es que no se produzca más a menudo.

Al principio la consideré una extravagancia dicha al azar, pero, cuando le miré, advertí la fijeza de sus pupilas rodeadas de una especie de agua turbia, como lechosa. Sólo había visto una expresión parecida y unos ojos semejantes en un perro rabioso. Volví a coger el periódico pero, lejos de pensar en lo que leía, me pregunté con angustia por qué mi amigo tenía esa mirada, esa voz, y si no tendría alguna alteración en el cerebro. Pero también aquella vez me tranquilicé cuando le vi unos minutos más tarde, sentado delante del lienzo, con la mirada que se había vuelto límpida y sereno el gesto, continuar un dibujo inacabado. Incluso me consideré un estúpido por haber hecho suposiciones exageradas.

Veía melancólicamente cómo volvían a mi memoria aquellas imágenes, sin querer sacar conclusiones, cuando llegué a Londres.

Después de hacer que me condujeran a la casa de salud, fui introducido inmediatamente en la habitación oscura donde Mac Corjeag estaba encerrado, «a causa de sus ojos», me explicaron.

Permanecía de pie apoyado en la pared, cuando entré. Es uno de los momentos de la vida que no se olvidan jamás. Sin reflexionar en lo que hacía, me lancé hacia él para abrazarle. Pero, de repente, sin que él hubiera hecho un gesto o dicho una palabra, retrocedí como si algo me hubiera rechazado violentamente. Entonces le vi tal como estaba con los ojos abiertos que no miraban, aunque ardientes llamas los atravesaran semejantes a fuegos fatuos, los oídos abiertos que no oían... la boca abierta que no producía sonido alguno... la mano abierta que nada cogía...

Me separé de Mac Corjeag como uno se separa de un muerto.

Loco..., ¡se había vuelto loco y ciego! Ya no veía ni dentro de él ni fuera... Era exactamente como un cadáver, pero un cadáver cuyo corazón latía...

Corría el rumor en Londres de que se hallaban ante un drama de celos y que la culpable, Mrs. Mac Corjeag, llena de remordimientos, había abandonado Inglaterra en secreto. Pero no sé por qué aquella hipótesis, buena para satisfacer al público hambriento de historias turbulentas, sanguinarias y mortíferas, sólo me satisfizo a medias. Durante años me repetí la misma pregunta: «¿Por qué le ha ocurrido esto?».

Estaba en ese punto de mis pensamientos cuando el zapato de mi vecino se

movió. Casi me di un susto y alcé rápidamente la mirada hacia el rostro del extranjero sentado junto a mí...

Tenía unos ojos lúgubrementemente inteligentes, fijos como dos bolas de azabache en sus órbitas profundas, una inmensa frente abollada como un viejo bombín, cabellos de negro enfermo y cuarenta años aproximadamente sobre unos hombros que lo soportaban todo sin esfuerzo aparente.

No pude seguir mirando a aquel hombre: sus ojos negros resplandecían y me sentía atraído por la llama que temblaba en su infierno. ¿Dónde había visto unos ojos parecidos y qué querían de mí? ¿Adonde querían arrastrarme... hacia qué hoguera, hacia qué abismo...?

No sé cómo se produjo aquello: de un mismo salto, mi vecino y yo nos pusimos de pie, uno delante del otro. Y de repente, tambaleándome de alegría y de terror, grité:

—¡John!

—El mismo —respondió en voz muy baja Mac Corjeag sujetándome.

Entonces sentí vergüenza de mi debilidad y me repuse:

—Figúrate que precisamente estaba pensando en ti, John. ¿No me has reconocido? ¿Por qué no me has dado un golpecito en el hombro?

—Te reconocí en cuanto entraste aquí, Norbert, pero ya comprenderás... —parecía muy confuso—, quería que te acordaras tú... que no tuvieras miedo de mí... de un...

Aquella última frase me resultó tan penosa de oír como sin duda le resultó a él penosa de pronunciar. Me apresuré a interrumpirle.

—No digas tonterías, John, estás tan sano como yo.

—¡Ah!, lo sabes —dijo, la voz se había vuelto ronca—, te enteraste de mi aventura, de mi gran aventura, de dónde he vuelto... ¡muerto para el mundo!

—Me enteré de que estuviste muy enfermo.

—Te agradezco tu delicadeza, pero no he estado enfermo. Los locos no son como los neurasténicos: no sienten absolutamente nada, ignoran incluso su existencia corporal. He estado loco.

(Yo sabía que no era lo mismo en todos los casos, que muchos locos sentían y sufrían, pero me guardé de decírselo).

—Qué importa, si estás curado.

—*Estoy curado* —repitió John lentamente, con su cuadrada barbilla muy tensa, como si se apoyara en cada una de las palabras, cada una de las sílabas que su boca emitía.

Por el modo en que me hizo aquella afirmación, imaginé que debió necesitar mucho tiempo para comprender aquellas dos palabras y que las había repetido con mucha frecuencia. Vio mi expresión pensativa e imaginó mis temores.

—¿En qué piensas, Norbert? Seguramente te preguntas cómo me sorprendió la demencia... ¿Quieres saberlo...? ¿Lo deseas realmente?

(Hice un gesto afirmativo con la cabeza).

—Entonces vamos a cenar y escucharás después el relato que haré en el Juicio final, si Dios me lo exige para probar mi sinceridad. Pero para ti que no eres ni omnipotente ni omnisciente, añadiré lo que llamaremos, si quieres, un prólogo que concierne a mi infancia y a la parte de mi juventud que te es desconocida.

Un poco más tarde, arrastrándome fuera del club, por calles casi desiertas, empezó:

Capítulo II

POR lo que puedo confiar en mi memoria, jamás me ha parecido que nada fuera natural.

Cuando era niño, lógicamente, no había por qué sorprenderse, y mis padres, aunque no tuvieran a su disposición el libro de las *Diez mil respuestas de los padres a los hijos*, recientemente publicado en Londres, satisficieron lo mejor que pudieron mis preguntas descabelladas. Sin embargo, a pesar de sus explicaciones y las que se me dieron más tarde, en el transcurso de mis años de estudios y experiencias, mi curiosidad siempre quedó poco satisfecha, cosa que tampoco es sorprendente. Muchos hombres están en mi caso, pero unos dejan de preguntar por indolencia, otros por miedo a saber, algunos porque pretenden haber comprendido, y otros en fin porque, para vivir, no necesitan comprender nada, mientras yo me comporto como un niño.

Me resulta difícil, todavía en el momento actual, admitir por ejemplo que los seres puedan dormirse y... despertarse, que una rata o un simple gusano al que mato de una patada no pueda volver a ser creado por mí «hecho a imagen y semejanza de Dios», que cada planta tenga su color y su perfume, cada hombre y cada animal su mirada... Y no hablo del misterio de los lazos entre la mente y el cuerpo, de los movimientos del alma y del corazón... Pero los ojos, sobre todo los ojos siempre me han intrigado poderosamente y siempre me intrigarán. Si la voz de los seres amados puede conmover, no tanto por lo que expresa como por lo que deja tras ella, la mirada, palabra que llega directamente de las profundidades de nuestra alma y que, sin la ayuda de los sonidos, traduce por nosotros lo inexpresable, ¡cuánto más puede conmover!

Los ojos... Nunca me cansaré de esperar detrás de esas puertas de nuestro subconsciente que hacen creer que a través de sus cristales coloreados enseñan algo, y que cuando se les fuerza ¡se abren a la nada! ¿Esperar qué? Pues esperar simplemente, porque al que ya no espera no le queda sino morir.

¡Ah!, ¡llegar a saber lo que se ve en unos ojos y poder definir una mirada! ¿Pero acaso esos pozos gemelos de la duda revelarán alguna vez el secreto cien veces milenario de sus tinieblas y sus claridades...?

De niño, me turbaban especialmente los ojos de los demás niños y no sé cómo pude resistir el deseo de arrancar las pupilas de aquellos a los que amaba. Aquellos redondelitos que contenían el infinito me atraían y me repugnaban a la vez. Y es que los ojos de los niños están hechos de agua y cielo, y el agua y el cielo dan vértigo. Solamente los ancianos tienen a veces ojos semejantes, pero hay en ellos un no sé qué tranquilizador, que no existe en los ojos de los niños.

A los diez años, tenía una compañera de juegos dos años mayor que yo: Margaret O'Don, hija de un médico oriundo de la isla de Man y de una inglesa de Londres. Había heredado de su padre una naturaleza apasionada, despótica y dulce al mismo tiempo, y los más extraños ojos verdes que puedas imaginar. Aquellos ojos, a menudo los fijaba en los míos. De momento no te diré más de ellos.

Margaret O'Don y yo éramos, sin sospecharlo y aunque fuéramos muy diferentes uno de otro en ciertos aspectos, un par de amigos. Aquella chiquilla tenía de común conmigo que sentía las cosas fuertemente y que nada le resultaba indiferente. Era de la opinión, como yo, de que lo que se detestaba, había que alejarlo de sí mediante el gesto o el pensamiento, sino suprimirlo radicalmente, y lo que se amaba, para estar seguro de no ser separado de ello, más valía devorarlo antes que intentar estrecharlo entre los brazos o las manos. Sin embargo, no lamentaba como yo no poder devorar a su madre, y aunque la vi masticar totalmente, hasta reducirlo a papilla, un juguete al que tenía mucho cariño y que quisieron quitarle como castigo, jamás, que yo sepa, la regañaron por haber mordido voluntariamente a alguien al besarle.

Margaret poseía una cualidad que a mí siempre me ha faltado: tenía sentido de la medida hasta en sus pasiones (porque, lo repito, Margaret era apasionada), y un dominio de sí misma raro en una niña de su edad. Eran dos dotes de su madre. Mi joven amiga no hacía sino exactamente lo que quería. Su alma era también más sana que la mía, lo que le impedía seguirme en los laberintos oscuros de mis pensamientos y conocer el verdadero sabor de mi sufrimiento. Cuando se me ocurría contarle lo que me hería o me daba miedo —y que, por nada del mundo, hubiera confiado a un muchacho—, al principio me escuchaba muy seria, es decir, con la cabeza entre las rodillas separadas y mirando el fondo de sus pololos, luego se levantaba riendo y se alejaba encogiendo sus hombros puntiagudos. Su conducta no estaba dictada por la impaciencia o la maldad, como podría suponerse, sino más bien por una repulsión innata hacia todo lo que era turbio o tenebroso y podía hacer que perdiera el control de sí misma. Como, a pesar de mi juventud, sentía aquello confusamente, no me inspiraba malestar alguno. Vuelvo a oír, después de treinta años, el estallido de su risa, seco como un vaso al romperse, cuando le declaré que ya no quería pasar ante los dos olmos de su jardín, porque seguramente sufrían de una forma absolutamente espantosa por no poder romper sus raíces para precipitarse uno hacia el otro y abrazarse hasta ahogarse. Margaret, sin embargo, estaba lejos de ser insensible a la vida secreta de los árboles, de las flores y de todas las cosas de la naturaleza. Pero ella miraba, admiraba y soñaba sin hacer muchas comparaciones, y mucho menos transposiciones. Dejaba lo que pertenecía al mundo vegetal en el ámbito de lo vegetal, lo que pertenecía al mundo animal en el ámbito de lo animal y así sucesivamente, mientras yo experimentaba constantemente la necesidad de cambiar el orden de las cosas, de invertir, de oponer, de añadir y de suprimir sin cesar. Pasábamos largas horas contemplando un lago, una planta, un trozo de cielo. Aquél era el juego preferido de dos seres impetuosos, desbordantes de vida y brutalidad. No

nos peleábamos jamás, y nuestras niñeras nos dejaban solos a menudo, unas veces fuera y otras en el cuarto de los niños de casa de mis padres, transformado en sala de estudios. Decían de nosotros que si nos entendíamos tan bien, es porque éramos dos diablillos —cosa que nos halagaba enormemente, creo yo.

El estupor y el espanto de aquellas dos mujeres fueron, pues, grandes, cuando una tarde, unos gritos de dolor lanzados por Margaret retumbaron en la sala donde aprendíamos nuestras lecciones y mucho más allá. Mi amiga se arrastraba por el suelo aullando, con las manos en la cara, y yo, despavorido, con los dientes apretados, me encaramé al alféizar de la ventana abierta de par en par y salté desde el primer piso al jardín, rompiéndome el hombro, pero sufriendo menos a causa de mi dolor físico que de oír a mi madre gemir arriba en el cuarto de los niños:

—¡Cómo ha podido ocurrir este espantoso accidente, John quería mucho a su amiguita! No habrá querido...

Ahora hablaré de los ojos de Margaret. Te he dicho que eran verdes. En realidad eran muy curiosos. En estado de calma: verde veronés, sí, de ese extraordinario color que era por otra parte su color habitual. El blanco también era verde, y la pupila tan minúscula que su mancha negra casi no se veía. No había sino una extensión verde, de un verde que no he encontrado en otros ojos. Pero los ojos de aquella chiquilla también podían ser, según su grado de agitación, como el ópalo o la esmeralda. Así mismo los vi completamente azules, dos o tres veces solamente, cuando llevaba un magnífico vestido azul, con el que, accidentalmente, estuvo a punto de quemarse viva, y que no quiso volver a ponerse por esa razón.

Ya te he dicho que Margaret fijaba con frecuencia sus ojos en los míos. Expresar lo que sentía en esos momentos me resulta imposible. Experimentaba la sensación de perder el equilibrio y de estar en peligro; nada más.

Los ojos que se llaman humanos —aunque la palabra esté vacía de sentido— generalmente no se encuentran sino en los animales. Sin embargo, es raro que estemos totalmente desprovistos de esa nada y ese todo que forman la expresión. Los ojos de Margaret, no obstante, no eran ni humanos ni felinos, eran de agua. Ni su color ni su mirada (si se puede dar el nombre de mirada a un resplandor o a un rayo) no parecían serle propios. Debían recibirlos de las cosas que se reflejaban en ellos, como el mar recibe su color del cielo y su reflejo del sol.

Aquellos ojos, cuando Margaret se callaba, podían ser soportables. Entonces yo tenía la impresión de mirar el agua en palanganas de mármol. Pero cuando mi amiga dejaba oír su voz suavísima, y su cara se movía, y las venillas de sus sienes se hinchaban de una sangre que yo adivinaba muy roja, muy tibia... (¡ah!, si hubiera podido correr por mi mano) y su aliento que olía a perro recién nacido y a espino blanco me dilataba la nariz, ver inmóviles ante mí aquellos charcos verdes en los que buscaba desesperadamente lo que, a pesar de todo, esperaba descubrir en ellos,

constituía para mí una prueba muy superior a mis fuerzas. Cuanto más afecto me demostraba Margaret, más vacíos parecían sus ojos y, por paradójico que pueda parecer, ¡complicados! Y en mis oídos sonaban falsas las palabras sencillas y sin duda verdaderas que me decía.

Ahora bien, una tarde de noviembre, cuando levanté la cara del libro en que la había sumergido para aprender la lección, mis ojos encontraron, naturalmente, dirás tú, los ojos de mi compañera sentada frente a mí. Pero a mí aquello no me pareció natural. Armándome de un valor que saqué sabe Dios de dónde, me acerqué a Margaret y, poniéndole la mano en el brazo, le murmuré:

—Déjame hacerte una cosa.

—Muy bien —dijo, sin mostrarse turbada.

Tomé su cabeza entre mis manos, la puse en mis rodillas, y yo, que jamás había podido sostener su mirada más de tres o cuatro minutos, le ordené que me mirara fijamente.

—Fijamente Margaret, y, por una vez, por una sola vez, dime la verdad con los ojos...

—Pero si nunca te miento —respondió en un tono poco resuelto, en el que entraba quizá la sorpresa, quizá el temor.

Y se rió, verosímilmente, para disimular. En ese momento, un resplandor muy brillante —que me pareció sobrenatural— pasó oblicuamente de un extremo a otro de sus ojos, volvió a pasar y desapareció. Ahora estaba al borde de un abismo de agua glauca, sentí que iba a caer dentro infaliblemente, entonces, lanzando un grito, retrocedí, cogí un tintero que se encontraba allí y vacié su contenido en el bello rostro de mi amiga. Ya conoces el resto y mi prisa por escapar de la atmósfera de horror que había creado. Sin embargo, tuve tiempo de ver que uno de los ojos de Margaret seguía verde...

Mi primer sentimiento, cuando volví en mí, no fue, lo confieso, un sentimiento de pesar, sino de miedo. Tuve miedo de la fuerza invisible que me había obligado a actuar así. Me parecía ver en mis ojos una expresión diabólica, y durante mucho tiempo no me atreví a mirarme en un espejo. Me consideraba como asediado por el Maligno, y me daba puñetazos en la cabeza, en un deseo de expulsar de ella al indeseable huésped que, lo sabía, en la primera ocasión, me haría empezar de nuevo...

Pero el arrepentimiento, como se había hecho esperar, fue mucho más cruel. Era un arrepentimiento pegado como una ventosa a mi corazón —que me chupaba la sangre y me ponía más pálido cada día—. Cuando creí estar dispuesto a que me llevaran a casa de Margaret para presentarle mis disculpas, me desvanecí antes incluso de haberla visto. Me trasladaron a su habitación, me tumbaron en su camita cubierta de raso rosa, y me dejaron solo.

En un determinado momento, alguien abrió la puerta del cuartito con infinitas precauciones, avanzó de puntillas, me dio un beso furtivo en la mejilla empapada de

lágrimas y volvió a salir. Quizá era Ella... Quizá no era... ¡Son tan dulces las cosas que se guardan en la incertidumbre! Al llegar la noche, mi niñera me llevó unos sandwiches y una taza de agua de regaliz de parte de Mrs. O'Don, luego me condujo de nuevo a la vicaría. Me guardé de interrogarla: el secreto que poseía era tan bello que poco me importaba la realidad.

En cuanto a la actitud de mis padres, fue la siguiente: mi padre, en esta circunstancia como ante todos mis pecados, abrió la Biblia y encontró inmediatamente el versículo apropiado para mi caso (pero cuyo sentido se me escapaba a través de tantas parábolas). Me lo leyó con voz sorda que en vano se esforzaba para que resultara patética; luego se enjugó los ojos siempre aquejados de conjuntivitis, que el menor esfuerzo llenaba de una especie de cola que los cegaba, y se fue, satisfecho de haber arrancado la cizaña y sembrado la buena semilla.

Mi madre vino a sentarse al lado de mi cama y a cogerme la mano, para preguntarme en voz bajísima:

—¿Por qué has hecho semejante cosa, Johnny...? Realmente, no lo comprendo, no lo comprendo, no, ¡no lo comprendo!

—Porque tenía miedo de ahogarme.

—¿De ahogarte?

—Sí, de ahogarme en sus ojos.

—¿Qué estás diciendo...?

Se lo tuve que repetir. Entonces mi madre me soltó la mano y exclamó:

—¡Señor!

Ella también clavó su mirada en la mía. Eran unos grandes ojos negros, redondos y brillantes como una bola de charol, y pensé que a partir de entonces Margaret tendría un ojo completamente negro y un ojo completamente verde, y que sin duda habría que ennegrecer el otro para que se parecieran. Margaret con los ojos negros... ¡Qué gracioso sería mirarla! Seguramente me daría miedo...

Mamá seguía sin decir nada, y sus ojos estaban ahora totalmente blancos porque los desviaba al techo.

—¡Señor!

¿Qué iba a decir después de pensarlo durante tanto rato? Lo esperaba todo, salvo lo que sigue:

—¡Johnny! ¿Es que vas a parecerte a él, apartarte de los que te aman y hacerles sufrir...?

—¿Papá se aparta de ti, madre, y te hace desdichada?

—¿Quién te ha dicho...? —balbució, visiblemente descompuesta—, ¿quién te lo ha dicho?

La pobre mujer se levantó gimiendo, con la espalda encorvada y las manos en el pecho, como si la hubiera herido ahí.

—Madre, no temas mostrarme la pena que ocultas en tu seno, para que yo pueda intentar aliviarla...

—Estupideces, estupideces —suspiró jadeante, con una voz que quería decir otra cosa, pero que no pudo decir nada más. Y, cogiendo el picaporte de la puerta, lo giró y se fue.

Norbert, este episodio es uno de los más dolorosos de mi vida. Acababa de perder a Margaret: no había duda de que no volvería a acudir a mi encuentro, y eso fue lo que ocurrió. A ello se añadió la fatalidad: Peter O'Don se cayó de la carreta un día que su caballo se desbocó y falleció a consecuencia de una fractura de cráneo. Mrs. O'Don, después de la muerte de su marido, abandonó la región con Margaret. Además, yo estaba perdiendo a mi madre: no había duda alguna de que a partir de entonces me evitaría —y eso es también lo que ocurrió.

Estaba solo. Solo con una tristeza tan pesada que a menudo caminaba, con la lengua fuera, como si realmente arrastrara un fardo.

A nadie le sorprenderá, pues, si mi sed de amor, de intimidad y de tristeza (¿acaso no es una forma de consolarse del dolor la de sumergirse voluntariamente en sus profundidades?) me condujo a la tumba de Peter O'Don. Él, al que había prestado muy poca atención durante su vida, llegó a serme querido hasta el punto de que iba a visitarle todos los días desde que había muerto. Me acercaba a él avergonzado, acechando el menor ruido, como si se hubiera tratado de una cita galante. Permanecía mucho tiempo arrodillado sobre la losa gris y soñaba.

Peter O'Don era el padre de Margaret...

Tenía unos ojos muy parecidos a los suyos, el pelo castaño dorado como el suyo, y sin duda su alma también era semejante a la suya. Aquella alma, durante mi recogimiento, me rodeaba de algo infinitamente dulce que me invitaba al abandono. ¡Qué cerca estaba aquella alma! Me parecía sentir su calor...

¡Ah!, lamentaba profundamente que Margaret no hubiera muerto en lugar de Peter O'Don. De ese modo hubiera existido más profundamente para mí. Todo lo que no me había atrevido o sabido expresarle, se lo podría haber dicho entonces libremente. Los muertos no hacen que nos ruboricemos como los vivos... Su padre y yo nos hubiéramos encontrado junto a su tumba, yo le hubiera confesado que amaba a su hija, y habríamos hablado juntos de ella. Pero Margaret vivía en alguna parte de la tierra, perdida eternamente para mí, y me había dejado amar a Peter O'Don, que era también ella y estaba hecho de la misma carne...

Yo llevaba, pues, al pobre muerto lo que mi ser contenía de sueños y sensualidades secretas —con murmullos que ya no recuerdo, a veces lágrimas, y un día ¡hasta un beso!

Esto duró hasta que me enviaron a Edimburgo para que siguiera mis estudios. Cuando volví de vacaciones, mi pasión por el muerto se había apaciguado al mismo tiempo que casi había dejado de pensar en Margaret O'Don, pero a pesar de todo iba a poner unas florecillas en su tumba, e hice lo mismo en todas las temporadas que

pasé en Goldloch. Nunca volví a Edimburgo sin haber cumplido aquel rito.

Te preguntarás, Norbert, de dónde me venía aquella inclinación precoz y enfermiza por el misterio y la desdicha... ¡Pues de mi madre!

Yo era lo contrario de un niño delicado, y como nunca estuve enfermo, no debí sentir a lo largo de mi existencia sino fatigas absolutamente insignificantes, pues no las recuerdo. No, siempre estuve triste, y si acuso sin acusarla a mi querida mamá, es porque me he dado cuenta muchas veces de que mis penas nacían o se agrandaban en su presencia.

Tenía apenas tres años. Estaba en las rodillas de mi madre, apoyado contra su pecho. Veía cómo su seno subía lentamente y bajaba con un movimiento tan brusco que adiviné en ese lugar un sufrimiento cruel, sufrimiento que me envolvía de melancolía y, poco a poco, parecía pertenecerme a mí también. Aquel sufrimiento en común, debí presentirlo, si no experimentarlo, mucho antes de esa época. Verás por qué lo digo.

El azar me hizo un día sorprender el siguiente diálogo entre la nueva cocinera y la que nos dejaba. Entonces yo tenía ocho años exactamente.

—No hay duda de que el niño es muy nervioso; pero ¿cómo quiere que sea? Su madre, cuando le llevaba en su seno, se tiró tres veces al lago negro de Goldloch.

—¿Es posible?

—La pura verdad.

—¿Y no se ahogó?

—Seguramente el lago no quería una madre. La salvaron las tres veces.

—Es muy excitante lo que me acaba de contar, miss Ross. ¿Y se ha sabido por qué quiso matarse? Tiene que haber una razón.

—Nadie lo sabe. La gente supone que la señora no se llevaba bien con el vicario, pero nunca se ha oído nada.

—Y ahora, ¿se llevan bien?

—Nadie lo sabe, sigue sin oírse nada.

—¡Oh!, qué excitante...

Aquellas dos mujeres, como se puede imaginar, despertaron mi curiosidad. Sin embargo, no dije nada a mi madre. Mi instinto me lo prohibía. Pero cuántas veces volví al lago negro con Margaret, que estaba en el secreto pero no quería buscar razones terroríficas. Decía con indiferencia:

—Tu madre debió resbalar sin querer.

O bien:

—Tu madre debió intentar coger un nenúfar, mira, ese del centro que es tan tentador, las mujeres embarazadas tienen antojos, ya lo sabes —afirmaba con sus dos años de superioridad.

Luego, al ver que no lograba convencerme del todo, añadía haciendo una pirueta en la hierba para terminar.

—¡Eres un niño estúpido al que nada le parece natural!

Yo respondía:

—Y tú, una chica aburrida que todo lo encuentra natural.

Estas pequeñas discusiones nunca tenían lugar junto al lago negro —que, en realidad, era más de un color pardo tirando a gris que del color de luto que se le atribuía—. Margaret, cuando nos acercábamos a él, se callaba, y yo le agradecía que no se dedicara a tirarle piedras. Nos quedábamos meditando en la orilla, y lo que cada uno meditaba era, supongo, diferente. Margaret, junto al lago, era más misteriosa que el lago. A veces parecía ser el misterio del agua negra sentado al borde del agua negra y esperando a los paseantes para asustarles y quizá para invitarles a ahogarse... En cuanto a mí, todas las historias, permitidas o no, que leía u oía contar, relativas al amor y la muerte, y también a la locura, me servían para inventar nuevos desenlaces para el drama que se había interpretado allí y del que nadie —verosímilmente— tenía la clave. «Mi madre amaba a otro hombre que no era mi padre, y, como era la mujer de mi padre, había decidido suicidarse, infringir por lo tanto los mandamientos de Dios». O bien: «Mi madre había visto una llama en el fondo del lago, y aquella llama la había atraído como hacen las sirenitas de los cuentos de Andersen, como seguramente haría Margaret...». Pero ¿por qué el lago no había querido una madre? ¿Acaso es deshonesto llevar un bebé en el vientre...?

Así forjaba, hasta el infinito, realistas, mágicas, insensatas y humanas historias que alimentaban enormemente el misterio y el dolor oculto en la sombra de mi cerebro, cuando me ocurrió lo siguiente (fue un año después de la marcha de Margaret O'Don):

Había en la habitación de mi madre —que no era la de mi padre— una alacena disimulada detrás de un mueble. Cuando necesitaba un cuaderno nuevo, mi madre lo sacaba de esa alacena y a veces metía en ella el viejo que yo le daba a cambio. Para abrir la alacena, cogía una llave del cajón de la cómoda, también cerrada con dos vueltas y cuya llave estaba siempre en el fondo del bolsillo de su falda. Una mañana, me hizo falta un cuaderno. No me acordaba de que mi madre había tenido que ausentarse y subí a su habitación. Ante mi sorpresa, vi la llave de la cómoda en la cerradura. La cogí, encontré la de la alacena y la abrí. No sabía exactamente dónde colocaba mamá los cuadernos. La alacena contenía un revoltijo prodigioso de papeles y objetos heteróclitos. Removí los montones, los deshice, rebusqué por aquí y por allá, y por fin encontré un cuaderno de tapa roja manchada de tinta, en el que creí reconocer la letra de mi madre. Me puse muy contento: aquel cuaderno debía ser uno de los que poseía cuando era pequeña y yo iba a conocer a mamá niña, a mamá a la edad de Margaret... Pasé las páginas nerviosamente, sin tratar de esconderme, sin creer que cometía un acto totalmente censurable, y me detuve en la página seis. Vi inmediatamente que se trataba de cartas y fragmentos de cartas. No me sorprendió en absoluto, pues mi madre jamás escribía dos líneas sin guardar una copia. Leí y ya no pude detenerme. Mira, aquí está, lo he conservado siempre.

John sacó de una cartera raída un papel doblado muchas veces que me tendió. Como la noche era muy negra, me lo leyó de memoria, de un tirón: Empezaba así:

«3 de junio de 1857.

»Mi Jeremy, ¿por qué te amé el día en que, al entrar por curiosidad en aquella iglesita de Molí, donde entonces penetraba poca gente (pues las personas son muy escépticas cuando se trata de cambios en sus hábitos de fe), te escuché predicar un sermón? Cuál era el tema, confieso que no lo recuerdo. Todo lo que sé es que tu voz era dulce y sobrecogedora, tu rostro largo y pálido como imaginaba el de Jesucristo, y también tenías los mismos ojos de cielo desolado y el mismo pelo abundante. ¿Habías vuelto a la tierra para reavivar la creencia de los hombres? Sin embargo, ¡qué frío sentí mientras te escuchaba!

»Y es que era grande la turbación de mi alma y grande también la humedad de las viejas piedras murales. Pero eso no impidió que el amor se encendiera en mí aquella tarde. Salí de la iglesia con un deseo y una voluntad: ¡ser amada por ti!

»Para alcanzar esa meta, necesitaba, lo comprendí perfectamente, comulgar yo también con las ideas de Campbell. Recordarás como yo la resistencia que mi padre, conservador de la antigua tradición de Escocia, opuso a nuestros proyectos, mis visitas a escondidas, durante las cuales estábamos tan ávidos de besos que descuidabas mi instrucción. ¡Ah!, ¡no puedes imaginar la atracción que un sacerdote puede ejercer sobre una jovencita! Tiene para ella todos los encantos de un hombre con el encanto de un dios. No sabes los sueños que inventé entonces...

»Los “Discípulos de Cristo”: ¡De qué forma tan estremecedora sonaba en mis oídos aquella denominación maravillosa en su sencillez! El objetivo que tú perseguías era muy hermoso: suprimir toda división entre los cristianos. ¿Cómo podía imaginar que un día, Jeremy, tan poco tiempo después, querías dividir lo que el Señor había declarado indivisible: el marido y la mujer? No creo que entre las sectas más rígidas de Escocia e Inglaterra exista una que haya podido reconocer como justos y buenos semejantes preceptos. Mi madre, que me habló a menudo del ascetismo de mi difunto abuelo, que había hecho suya la doctrina rigorista del pietismo a su vuelta de Alemania, jamás me dijo o me dio a entender que mi abuelo se hubiera avergonzado de amar a su mujer.

»Dios, en mi opinión, no nos ha dado nada inútil y vil, y los “despreciables órganos sexuales” de los que tú hablas, recuerda que es él quien los ha hecho para nuestra necesidad y en consecuencia para nuestra

liberación y nuestro placer. Te avergüenzas de haber tenido conmigo “ese hijo”, nuestro hijo, Jeremy, porque sentiste al hacerlo un placer ruin y yo también tuve un placer de esa índole. ¡Oh!, sin duda no fue de esa índole. Y después, aunque nació ruin (¿qué puedes hacer tú y qué puedo yo?, el cuerpo humano está construido así), se ha educado en una esfera muy superior en lo que me concierne y alcanza las cimas más altas de mi alma. El placer ha acabado por llenarme por completo, Jeremy, y ya no me avergüenzo de él ante Dios. ¡Ah!, qué dicha ser dos en una sola carne... Me estremezco cuando lo pienso... y tú no puedes dejar de estremecerte al leerme...

»Mi Jeremy, no, no podré soportar semejante prueba. Yo jamás seré una santa. Jamás seré “tu hermana”, como quieres llamarme a partir de ahora, porque ¡he sido y soy tu mujer!

»Alice».

La página siguiente tenía grapada la respuesta de mi padre, que era la siguiente:

«“Alégrate, estéril, que no pares; prorrumpe en gritos, tú que no conoces los dolores del parto, porque más serán los hijos de la abandonada que los hijos de la que tiene marido” (Gálatas, IV, 27).

«Reflexiona en estas palabras de la Escritura, Alice, mi querida hermana, y deja de lamentarte.

»Tu Jeremy».

Tenía trece años el día que leí esas cosas y de repente me pareció que mi carne saltaba fuera de mí. Me quedé horrorizado y confuso; la cara se me cubrió de sudor y de lágrimas. Arranqué las dos páginas del cuaderno, volví a dejar el cuaderno en su sitio y me dirigí a mi habitación para encerrarme en ella y gozar de las secretas voluptuosidades que había obtenido. En unas horas me había convertido en un hombre.

Cuando me senté a la mesa, por la noche, mi madre me dijo dulcemente:

—Estás muy pálido, hijo mío, y tienes una cara demoniaca, el espíritu impuro merodea a tu alrededor porque no rezas lo suficiente.

—Sí, muchacho —corroboró mi padre—, tu mirada es incontinente, toma ejemplo de tu madre y de mí que vivimos en castidad, llega puntual al sermón del domingo y reza, reza, ¡amén!

En lugar de agachar la cabeza hacia el plato, como acostumbraba en esas circunstancias, me puse a mirar a mi padre directamente a los ojos. De amarillo pálido pasó al blanco, mientras sus palabras se congelaban en sus labios temblorosos

y mi madre exclamaba en tono irritado:

—¡Oh! ¡Johnny!

¿Por qué miré así a mi padre y qué puse en mi mirada? No lo sé exactamente. Puedo decir que fue algo ajeno a mí. Súbitamente me había parecido que me encontraba frente a un extraño que se atrevía a reprenderme. ¿También mi padre experimentó la impresión de no conocerme cuando le miré así? Nunca más, a partir de aquel instante, me dirigió la palabra de otro modo que a través de la Biblia que me hacía llegar por un criado, abierta en la página conveniente, la cual estaba a veces subrayada en rojo, aunque lo esencial y lo redundante se hallaban en el mismo plano.

Decir que tomaba a broma la forma de actuar de mi padre o que no hacía nada por sacar provecho de las enseñanzas que me enviaba sería falso. Pero, lo confieso, como la mayoría de los hijos de eclesiásticos y aunque me inclinaba hacia todo lo que parecía extraordinario o misterioso, tenía tendencia a no ver la fe y sus ministros en su esplendor sobrenatural.

Diré incluso que a fuerza de oír evocar el nombre de Jesús y su ejemplo cada vez que se trataba de algo fastidioso de hacer o doloroso de soportar, de privaciones físicas y morales, llegué a tomar aversión a aquel exaltado que nos había impuesto una vida tan penosa como insensata y que tantos hombres habían seguido ciegamente para desembocar ¿dónde, en qué...? Llegué a dudar de su palabra y de su divinidad y más tarde a apartarme de él completamente.

Rezar, dirigirme al Señor, como recomendaba mi padre, pedirle que me dirigiera una mirada compasiva y suplicarle que me auxiliara llegó a resultarme imposible, porque, entonces, ya no daba a aquel acto sino el valor de una absurda comedia. Además, rechacé todo sistema, toda revelación y filiación para no creer sino en la existencia de Dios. Sentía su presencia en todas las cosas bellas que había creado para mi felicidad y la de mis hermanos humanos, con el fin de permitírnos adorarle en cada uno de nuestros pasos. (Para mí, Dios no era sinónimo de dolor y, aunque ya no le identificaba con el sol como hacía en mi más tierna infancia, al menos le identificaba con la dicha).

Pero aunque veía a Dios en todo y en todos —tú dirás que era una especie de panteísta—, no podía conseguir verle en un solo ser supremo y sumamente poderoso que reina en el universo, como le describía mi padre. Si Dios se había fundido en nosotros (por lo menos es lo que yo pensaba), no comprendía qué poder ejercía sobre unas criaturas de las que formaba parte. Rezar, para mí, era arrodillarme ante una puesta de sol, un simple tronco de árbol o una humilde flor, y sentir cómo se exaltaba en mí un sentimiento de grandeza y nobleza que me vivificaba al mismo tiempo que me tranquilizaba y me infundía deseos de sacrificarme por alguien, por algo, de realizar un acto heroico.

Pero cuando mi padre subía al púlpito para hablar en nombre de Jesucristo y yo veía a las solteronas del pueblo, incluida mi propia niñera, al borde de la locura, presas de un extraño sentimiento de emoción, admiración o pasión... no podía evitar

salir de la iglesia y soltar una carcajada siniestra, a la que Margaret respondía dando volteretas en el barro. Y, cuando encontraba los ojos tristes de mi madre, me invadía una violenta rabia al pensar que por querer parecerse demasiado a Cristo, Jeremy Mac Corjeag descuidaba completamente sus deberes de hombre, de esposo y de padre. A veces me preguntaba hasta qué punto el amor de Dios no iba en contra del amor al prójimo.

En la edad en que más le necesité, mi padre me abandonó o casi... ¿Acaso se interesaba por lo que pensaba, mis proyectos, mis sueños, intentaba conocer y calmar mis inquietudes, dónde estaban sus consejos, su apoyo, dónde estaba su afecto...?

Y aquella necesidad de tener un guía, un iniciador, un amigo, la sentí más imperiosamente cierta noche de agosto: me fui de casa de mis padres.

Después de atravesar montes y bosquesillos, me presenté en Morton Castle, que, a la salida del bosque, y no sé por qué capricho de la luna, surgía totalmente blanco sobre el flanco oscuro de Greatfoolmount y parecía estar lleno de magia.

Durante mucho rato me detuve a mirarlo. ¿Era realmente la mansión de mi abuelo...? ¿No era más bien la de algún hechicero...? Seguramente me haría prisionero entre aquellos muros de alabastro que, al amanecer, se hundirían bajo tierra conmigo. Las grandes resoluciones muy deseadas pero demasiado rápidamente tomadas hacen que nazcan esas dudas.

Había decidido vivir a partir de entonces en casa de mi abuelo paterno. Había sido empujado hacia Morton Castle por la poca solicitud que demostraban mis padres cada vez que les pedía que me condujeran a casa de aquel anciano al que amaba tiernamente; pero a mí me habían atraído, sin lugar a dudas, los ojos de mi abuelo, en los que había descubierto ese algo inexpresable que es la chispa de la amistad o del amor y no espera sino el contacto de otra chispa para inflamarse. Tenía la certeza de que mi abuelo no me rechazaría. No me equivocaba: me abrió su puerta y sus brazos, en los que me puse a sollozar. No me preguntó nada, pero sintió una profunda dicha cuando se enteró de mi decisión, pues siempre había deseado tenerme en su casa, aunque nunca había querido influirme y parecer que me arrancaba de los que me habían dado la vida.

Capítulo III

UNA nueva vida empezó para mí en Morton Castle. Aquel castillo de espesos muros, estrechas ventanas, flanqueado por dos torres una de las cuales había sido escenario de la muerte de un personaje histórico, me inspiraba desde mi más tierna infancia la atracción y el terror como de una prisión. Allí me encontraba encerrado con el más singular y el más interesante de los ancianos. Contrariamente a lo que esperaba, ni mi padre ni mi madre me reclamaron.

Mi abuelo, tú lo sabes, era un sabio arqueólogo además de un historiador. Para mí, era ante todo un poeta, un gran poeta cuya inspiración era digna de figurar junto a la de un Shelley, y es una pena que no escribiera ninguno de sus poemas.

¡Ah!, había que oírle cantarlos con su bella voz sonora, sobre todo de noche, junto a la tumba de su amada. Sólo el viento le escuchaba (y yo también, sin que lo sospechara), y luego iba a susurrar al follaje de los alrededores lo que había oído.

El abuelo había amado a mi abuela, muerta a los veinte años en el ardor de sus besos, y seguía amándola. Había muerto en la realidad y la realidad sólo existe a los ojos del poeta cuando se vuelve irreal. Para el hombre, Kathleen Mac Corjeag estaba tendida en la tumba, montón polvoriento que ya no tenía nombre: para el poeta, estaba acostada en el cerebro de Alen, exactamente como era el día en que murió, o bien danzaba en su viejo corazón. Los cantos de mi abuelo en el cementerio, las danzas a las que se entregaba, alrededor de la tumba gris, hacían sonreír a la gente de la aldea y avergonzarse a mis padres. Pero lo que ellos llamaban extravagancias a mí no me extrañaba, ni me sorprendía. Solamente un estremecimiento de espanto pasaba por mi alma ensimismada. Me sentía semejante a mi abuelo y tenía del amor una idea tan inmensa, que al pensar en ello, me invadía un vértigo como cuando se mira demasiado el cielo. Comprendía y admiraba a aquel ser supremo, lleno de grandeza y de absoluto.

Me gustaba oírle repetir:

—El hombre jamás llega muy lejos en sus actos y en sus sueños, por eso no alcanza el cielo.

Mi padre y él coincidían en eso. Pero al revés de mi padre, tenía una inteligencia amplia, una cultura no menos extensa, una mente clarividente en un cuerpo sano y las distintas formas en que se manifestaba la naturaleza no ofuscaban su mirada. Todas aquellas cosas reunidas hacían que entre aquellos dos hombres hubiera una diferencia sensible e incluso una oposición muy señalada, que les hacía casi enemigos.

Puedes juzgar, no por mis palabras, sino por lo que conociste de Alen Mac Corjeag, la influencia que pudo tener sobre mí cuando se hizo cargo de mi instrucción y mi educación, y adivinarás los horizontes que abrió a mi curiosidad.

No vayas a creer que cegado por la admiración no veía más que las cualidades de mi maestro. También veía sus defectos, pero tenían para mí un gusto especial, porque sabía que aunque todavía no eran míos, lo serían irremediablemente. El abuelo es la única persona con la que he sentido un parentesco, un lazo arraigado en los huesos, alimentado por la sangre. Yo sabía que a medida que envejeciera me parecería más a él, y eso me producía dulzura y seguridad.

Pero aunque me invadió una dicha nueva junto a aquel ser con el que tenía tanta afinidad, también me invadió una nueva tristeza: la de oír mi voz en otra voz y ver en otros ojos mi propia mirada —tristeza que él debía compartir aunque no me lo dijera—. Y de repente tuve miedo de la semejanza: aquella sombra de mí mismo que se pegaría a cada uno de mis pasos y me precedería en mi camino. Yo que tanto había deseado encontrar un ser que se me pareciera, que poseyera lo que yo poseía en amor y en odio, en gustos diversos, cuya voz fuera el eco de la mía, y su mano la prolongación de mi mano, ¡abandoné a mi abuelo para volver a casa de mis padres!

Quedó decidido que continuaría mis estudios en un colegio de Edimburgo.

La salud de mi abuelo se quebrantó muchísimo con aquella ruptura y, tres años después, moría lejos de mí, en Goldloch.

Entonces, Norbert, recordé lo que me había dicho un día que le confesé mi poca fe:

—Antaño yo era como tú, John, y también me compadecía de los innumerables mendigos de la gracia que pueblan nuestra tierra. Igual que tú pensaba que para llegar a ser mejor era preferible hacer el esfuerzo necesario antes que pedir a Dios que nos hiciera de ese modo, y que contra la desventura o la desdicha nada se puede.

»Fue cuando tu abuela murió cuando comprendí que si quería volver a verla, debía dirigirme humildemente al Señor y rezarle durante toda mi vida. Si me hubiera acercado a él más pronto, quizá, en la hora presente, hubiera tenido la dicha de estrechar en mis brazos a mi esposa amada. Recuerda lo que te estoy diciendo, John, y reflexiona. Te comprendo, yo he sido como tú y... ¡seguramente todavía soy como tú!».

Por primera vez en mi vida, prosternándome ante aquel a quien había querido ignorar, recé con fervor al Señor poseedor de la vida y la muerte de mis seres queridos. Le recé, pero al mismo tiempo le detestaba porque se complacía en humillarme como había humillado a una persona como mi abuelo.

Capítulo IV

AHORA era alumno en el King's College de Edimburgo.

Aquel brutal lanzamiento a la vida me había resultado más que penoso: odioso. Aunque yo fuera de sólida construcción, sabía que infaliblemente resultaría dañado en la proa o en la popa de mi navío en aquel mar embravecido que ocultaba tantos escollos. Inmediatamente, me volví desconfiado. Aquellos centenares de bultos de carne cuya base y cuya cima hacían tanto ruido, pies y bocas, aquellos centenares de pares de ojos, que me parecían todos semejantes y que se sumergían todos a la vez en mis ojos, aquellos centenares de almas, que rozaban mi alma, me repugnaban hasta un punto que no puedes imaginar. Sin embargo, no estaba rodeado sino de nulidades. Supe encontrar un círculo de muchachos y de jóvenes a los que el deseo de conocer, de expresarse y de caracterizar su persona prestaba unos ojos luminosos y unas voces graves y sonoras.

Pero aunque les escuchaba hablar, aunque les veía intentar penetrar en los secretos de la ciencia, el amor y la religión, no me mezclaba con ellos.

No sacaba, de la concha donde se ocultaba mi persona, sino las antenas que debían ser enormemente largas a fuerza de estar constantemente escuchando.

Mis compañeros me llamaban caracol, otros cornudo, pero yo sentía que no me tomaban por un estúpido. Realmente mi silencio y mi circunspección les imponía, pero les quitaba en mi presencia la franqueza de que eran capaces en mi ausencia, o más bien cuando se creían solos... No sé si por esta razón los ojos de todos, cuando me miraban, me parecían indecisos, duros o huidizos, casi extraños a sí mismos.

Durante tres años no hice amistad con nadie, ni profesores ni alumnos, hasta que tú viniste.

Tú tenías unos ojos que expresaban totalmente tu pensamiento, como raramente los tienen los muchachos de nuestra región y más raramente todavía los muchachos ingleses. Te di mi confianza y poco a poco me uní a ti. ¡Por fin había encontrado un amigo! Realmente un ser muy diferente a mí, pero cuyos pensamientos unidos a los míos formaban un todo de cálida armonía.

Norbert, ¿te acuerdas de nuestras conversaciones casi siempre breves, pero tan ricas de mudo entendimiento, de resonancias profundas, de ideas que nacían para dar a luz una profusión de nuevas ideas? ¡Ah!, ¡qué prodigioso alumbramiento!

Pero cuando tuve conciencia de aquellos lazos que me unían a otro ser —que no era pariente mío—, me llené de inquietud. No exagero al decir que conocí una especie de enloquecimiento. ¿Qué era lo que me ligaba? ¿Cómo? ¿Qué parte de mí se encontraba arraigada y en peligro...? ¿Qué vibraba en mí por ti...?

Sonríes (sabes perfectamente que jamás nada me ha parecido natural), y piensas

que en una palabra estaba enamorado de ti.

Amistad, amor, para el que da todo y espera recibirlo todo a cambio, la diferencia no existe. Entonces la amistad es amor en estado de santidad.

Pero que se trate de uno o de otra, amor o amistad, el movimiento de un ser hacia otro ser ¿no es algo profundamente conmovedor, que merece que se le preste especial atención...? Los intentos siempre renovados y siempre vanos de acercamiento de dos almas prisioneras de su carne siempre me han parecido los más trágicos y, en amor, me han exasperado hasta el punto de... Pero pronto lo verás.

Me imaginaba que el amor permitía la unión más completa de las almas y los corazones, unión que la amistad no podía realizar por sí sola. Me di cuenta, cuando amé, que la pretendida fusión de los cuerpos era causa a veces, si no siempre, del alejamiento de los corazones y las almas. Sin embargo, antes de aquella época, amar y ser amado era para mí alcanzar la cima más alta de la dicha humana, y luego, como no se podía descender de nuevo, ¡morir aspirado por el vacío!

Cuando amé...

Aquello me ocurrió tres años después de tu marcha a Francia, o más bien fue en ese momento cuando tuve conocimiento de mi amor. En realidad, lo llevaba dentro de mí, porque todos llevamos, en forma de recuerdo o en forma de esperanza, nuestro amor y su destino.

Capítulo V

DESDE el día en que había desfigurado a Margaret O'Don, aunque a menudo pensaba en ella e incluso, lo confieso, me complacía en su pensamiento, puedo afirmar que no lo deseaba. Muchas veces intenté rechazar su recuerdo, pero no pude impedir que, aunque la ahuyentaba, Margaret se introdujera en mí, pues conocía mejor que nadie las pequeñas fisuras de mi cerebro. Con frecuencia me parecía, en las horas en que inclinaba la cabeza, ya sabes, esas horas en que se ignora si se sufre o si se acaba de sufrir, sentir que se apretaba contra mi frente el peso de otra frente cuyos pensamientos, que no eran los míos, se mezclaban súbitamente con los míos y hacían que mi cerebro estuviera en un estado de enloquecido desorden.

Margaret, como ya te he dicho, abandonó Goldloch a la muerte de su padre sin que hubiera vuelto a verla. El entierro de Peter O'Don no me proporcionó la ocasión de encontrarme con ella. En Escocia igual que en Inglaterra, los niños no acompañan a los cementerios a las personas mayores, que consideran que el espectáculo de la muerte y del dolor no es un espectáculo para ellos. Tampoco la vi el día de su marcha. Mi madre fue a casa de Mrs. O'Don pero no me llevó. Imaginé que se proponía llevar a las dos viajeras a la estación. Cogí otro camino que también conducía a la estación, y agazapado detrás de un matorral asistí a la partida de mi amiga. Mientras nuestras madres se hacían mutuas confidencias, ella permanecía inmóvil en el andén, con los ojos vueltos en dirección a la casa de mis padres, pero era también la dirección del cementerio, y no supe si era a su padre o a mí a quien miraba...

Margaret volvió a la región, unos años más tarde, a arreglar con su madre unos asuntos en su casa. Yo estaba en Edimburgo en ese momento y no la vi; sólo supe que se había convertido en una bella muchacha que, por la perfección de su rostro y la gracia que emanaba de todo su ser, maravillaba a todos los que se le acercaban. Pero en lugar de entermecerme, aquello me paralizó. Me dije: «Margaret O'Don se ha convertido en una joven como las demás jóvenes», y dejó de interesarme. Si me hubieran contado que seguía siendo una niña delgaducha, de rodillas y hombros puntiagudos, de cara y manos despellejadas, entonces seguramente me hubiera conmovido y turbado.

Luego Margaret se había ido de Goldloch y desaparecido en un silencio más espeso que todas las brumas del Norte reunidas. Nadie volvió a hablarme de ella.

¿Por qué seis años más tarde —yo tenía entonces veinticuatro años— tuve que volver a verla? Las cosas ocurrieron así: yo bajaba del coach que me llevaba al pueblo, una muchacha estaba de pie al sol y parecía mirarme. Era rubia y de magnífico porte; así son muchas jóvenes. Aquella sólo me pareció un poco más pálida y ambarina de lo que suelen ser las muchachas de nuestra región. Nada más.

Ya había dado varias zancadas por la carretera que conducía a la vicaría cuando encontré a un anciano de Goldloch. Apenas nos habíamos detenido e intercambiábamos frases de cortesía, cuando no lejos de nosotros sonaron pasos de mujer. Mi interlocutor, situado de forma que veía a la paseante, le sonrió a modo de saludo y yo me volví instintivamente. Entonces vi, en el delgado rostro que ya había vislumbrado, dos ojos que me miraban fijamente. Me quedé impresionado, no por la insistencia de sus ojos, sino más bien por algo singular que había en ellos.

«Es la señorita O'Don», se creyó en la obligación de explicar el anciano mientras ella se acercaba a mí y, con su voz dulce y lenta de antaño, me dijo un: «¡John!», más elocuente que todas las palabras porque nos situaba inmediatamente en el mismo lugar que ocupábamos en el pasado, en la misma atmósfera de confianza y sencillez.

Estaba emocionado, y sin duda para no permitir que lo pareciera respondí con voz dura un «Buenas tardes, miss O'Don» que rompió el encanto, nos alejó y transformó la atmósfera en la que ella había querido que respiráramos.

Esbozó una sonrisa burlona, y mientras continuaba su camino conmigo, me preguntó por mi trabajo, por Edimburgo en general. Hablaba deprisa, con una voz que ya no era la suya y a la que yo contestaba con mucha calma porque no me recordaba nada.

Cuando nos separamos, me pregunté de qué está hecha la envoltura con que los seres se cubren con el tiempo y cuál es su nombre. Es una capa de carne que se superpone a la carne y da al rostro un aspecto más duro, pero también más definido, o bien es una capa de estados de ánimo, de expresiones y reflexiones, lo que permitiría creer que los pensamientos no nos abandonan sino para enrollarse alrededor de nuestra cara y a la larga formar en ella esos pliegues y esas jorobas que hacen que la fisonomía de los ancianos tenga algo generalmente muy expresivo. «El hombre de sesenta años lleva lo que tiene “aquí dentro” impreso en la cara», me dijo un día no sé a propósito de qué, tocándose la frente, una campesina de los alrededores de Goldloch.

En el umbral de la vicaría, mi madre, que se interesaba mucho por los pequeños y grandes acontecimientos de la vida, ahora que se hacía vieja, me preguntó:

—¿Has visto a miss Margaret O'Don? ¿Cómo la has encontrado?

—Pues bien... Pero no comprendo tu pregunta.

—Se va a casar muy pronto.

—¡Ah!, qué bien...

El encuentro, las ideas que había podido sugerirme y la noticia que me anunció quizá intencionadamente mi madre, no me impidieron, al llegar la noche, dormir con un sueño profundo.

Al día siguiente, encontré de nuevo a Margaret. Era inevitable: Goldloch es demasiado pequeño. Al otro día vino a nuestra casa y se quedó a merendar.

Fue entonces cuando, haciendo alusión por tercera vez por lo menos al artículo que había leído en un periódico londinense que relataba en elogiosos términos mi

pequeña exposición de dibujos y pinturas en una galería de Edimburgo, con el apoyo de uno de mis profesores, se aventuró a felicitarme. Nunca lo hubiera hecho sin la presencia de nuestros padres: no se hubiera atrevido... Su admiración no se quedó ahí. Declaró que quería iniciarse en la pintura y me rogó encarecidamente que le diera las primeras lecciones. Intenté zafarme aunque sentía que no escaparía al papel que se me había asignado. Persistir en mi obstinación hubiera sido una grosería. Entonces acepté.

Unos días más tarde nos poníamos a trabajar.

Margaret, muy torpe al principio, no tardó en demostrar tal habilidad que me dejó desconcertado. Y muy pronto, sus intentos me asombraron, o mejor dicho, me dejaron estupefacto.

No sospechaba que mi amiga de la infancia pudiera tener, hasta ese punto, una forma de ver y de sentir tan próxima a la mía. Me pregunté por qué no lo había advertido antes, por qué la había considerado diferente de como era realmente. Las frases que intercambiábamos acababan por emocionarme, y también la visión de Margaret... la protuberancia de su blusa... un pliegue profundo de SU falda...

Tampoco sospechaba que mi amiga de la infancia pudiera tener senos y muslos, verdaderos muslos de mujer, con algo velludo al fondo que era su sexo, y aquella mujer que conocía desde hacía tanto tiempo sin haberla poseído me resultaba más deseable que cualquier otra mujer. Mi turbación tenía como el sabor de un recuerdo amoroso.

En cuanto a los ojos de Margaret, los evitaba deliberadamente desde hacía algún tiempo.

Y es que, cuanto más intentaba verlos como los de los demás humanos —con la pupila un poco más pequeña, pero muy poco, el color un poco especial, pero también muy poco—, más extraños se me mostraban, extrañamente semejantes a lo que eran antaño, a lo que eran el día en que los inundé de tinta.

No dejaba de pensar en mi acto desde hacía algún tiempo, y cuanto más pensaba en ello, más los ojos de mi amiga recuperaban su carácter de antes, su materia, su color, su vacío profundo en el que había estado a punto de caer... ¡de ahogarme! Temblaba...

Margaret, sin embargo, no hizo alusión a aquel acto bárbaro y al daño que le causé. ¿De qué hablaba? Pues de arte y de belleza casi exclusivamente. Sacó a relucir, solamente en dos o tres ocasiones, nuestros recuerdos de niños y advertí que su voz se empañaba entonces ligeramente. Yo la escuchaba sin decir nada; estaba en un estado de nerviosismo indescriptible. Hubiera querido que hablara de «eso», hubiera querido que me turbara más todavía y que ella se turbara también, sin saber en qué desembocaríamos. Estaba embriagado, encontraba aquel estado deliciosamente peligroso y deseaba estar totalmente borracho para arrastrar a mi compañera... ¿adónde?

Margaret iba a casarse, me había dicho mi madre. Pero Margaret tampoco hablaba

de su prometido. (Yo le agradecía que no mezclara a aquel intruso en nuestras conversaciones). Sin embargo, aquella situación no podía durar más tiempo. Había empezado a desear tanto a mi amiga que ella no tenía más remedio que responder a mi pasión o dejar de verme. Entonces un día, le pregunté bruscamente:

—¿Estás prometida, Margaret?

Haciendo un esfuerzo que adiviné enorme, murmuró:

—Lo estaba, John...

Cogiéndole ávidamente las manos para obligarla a decir lo que seguramente quería ocultarme, volví a preguntarle:

—¿Y ahora...?

—Ahora... ya no lo estoy... he roto hace tres días.

—¿Por qué? —continué, despiadadamente.

—Porque creí que le amaba y después... me di cuenta de que no era a él...

Intentó apartarse de mí, pero renovando mi gesto de hacía doce años, cogí su cabeza entre mis manos (ella me dejó hacer con la misma sencillez que cuando era pequeña) y le dije:

—Margaret, mírame y por una vez, una sola vez, dime la verdad con tus ojos —se puso totalmente colorada—. Me he expresado mal, Margaret querida, hoy, como antaño. «Dime la verdad con tus ojos», significa: «Entrégate a mí por medio de tus ojos, muéstrame tus profundidades, entiéndeme, la raíz misma de tu ser pensante, lo que hay de realmente verdadero en ti y que no saben decir las palabras».

Margaret estaba tan conmovida que su labio inferior temblaba, como movido por un motorcito, mientras una de sus manos apretaba convulsivamente mi brazo. Añadí rápidamente:

—Te prometo que no te haré ningún daño esta vez... Fui muy desdichado después... ¡Oh!, el más miserable de los seres...

Su expresión se volvió muy grave y dijo:

—No hables de eso. El que me hizo daño no fuiste tú y no te guardé ningún rencor porque no quise recordarte sino a ti, John.

Fue entonces cuando se produjo el milagro:

En el mismo minuto en que ella habló de «eso» y que yo dejé de querer que se refiriera a ello, sus ojos se volvieron claros y transparentes. Estaban ahí, ante los míos, brillantes de emoción, ahogados de ternura, y entonces me incliné sobre sus aguas con la certeza de ver en ellas lo que siempre había buscado: la sinceridad. Aquellos ojos no podía cansarme de mirarlos... Entré como en un éxtasis.

Tenía a Margaret en mis brazos, contra mi corazón, imaginándome que era mi bebé. Durante horas permanecimos así, incapaces de hablar. Estábamos tan inmóviles y mudos que todos los insectos de la hierba y hasta las mariposas se posaban en nosotros y no se iban.

Cuando volvimos al pueblo, sentía el alma y el cuerpo tan ligeros que ya no tenía la sensación de vivir, sino de sobrevolar la vida... Me parecía que pasaba con

Margaret por encima de los brezales, las piedras, las lagunas, e incluso de la gente. Seres y cosas resplandecían de luz y hasta la bruma, que se elevaba a lo lejos, era un inmenso telón que brillaba. El aire que respiraba era tan diferente del que había respirado hasta entonces que me creía en otro país. Margaret y yo caminábamos, cogidos de la mano, como cuando éramos niños, y cada diez pasos, nos deteníamos para mirarnos... Ya no veía los ojos de mi amada: veía dos soles.

Tanto resplandor en torno al nacimiento de un amor es a menudo un mal presagio. ¿Sabes?, existen en la vida momentos a los que no se debería sobrevivir. El diablo se encargará de demostrárnoslo. Porque el diablo estaba ahí acechando el instante en que cometiéramos la imprudencia de posarnos en la tierra.

Al día siguiente, vi cómo Margaret, tendida en la hierba, me atraía hacia ella, vi cómo su boca se entreabría. Me vio, perdiendo el control de mí mismo, llenar aquella boca de besos salvajes, aquel cuerpo de caricias y esperó la hora de su victoria que no tardó en sonar.

Capítulo VI

NO sospechaba que nuestra carne pudiera encerrar semejantes tesoros de sensaciones, gozos terribles y dulces de infinito sabor, que hacen dudar de que el paraíso esté en otra parte fuera de nosotros. Porque ¿pueden existir delicias más profundas que las delicias del amor...? Cuando el cuerpo vencido flota sobre el alma, los brazos caídos, los ojos semicerrados, ¿se puede desear otra cosa que morir de una muerte completa y súbita?

Lo que fue el primer año de nuestro matrimonio, la casa de campo, el Bungalow, con su glicina bulliciosa como un encaje delante de nuestras ventanas y más tarde, Morton Castle, la mansión ancestral que nos había legado mi abuelo (y en la que todos los objetos, todos los recovecos, conocen una historia) podrán contártelo.

Margaret, aquella mujer adorada, había colmado todos los vacíos de mi ser. Una intimidad no solamente física, sino moral, intelectual incluso, nos acercaba más cada día, y cada día nos veía más asombrados de habernos encontrado, más agradecidos hacia el autor de la vida.

Pero para qué sirve hablarte de nuestro amor, de lo que experimentamos. Sólo los que han vivido entre cielo y tierra han podido experimentarlo.

Semejante pasión hubiera debido llevarnos directamente a la cumbre de ese estado impreciso que se llama felicidad. Allí nos condujo, realmente, pero el aire que se respira en la cima de la dicha es tan deprimente y todo lo que se ve es tan triste en su uniformidad que no deseo a nadie alcanzar esas regiones suprasensibles y sobrenaturales.

Yo amaba a Margaret, Margaret me amaba, y sin embargo, sí, había momentos en que era desdichado, tan desdichado que me hubiera echado a llorar.

Al principio no podía explicarme aquella tristeza que lo ensombrecía todo, alrededor de mí y dentro de mí. Me decía: «Soy desdichado porque soy demasiado feliz». Pero, poco a poco, la razón se iluminó a través de tanta opacidad y supe que sufría porque jamás me sentía lo bastante cerca de mi mujer. Por mucho que la tuviera en mis brazos, la estrechara contra mi pecho hasta aplastarla, su cuerpo era siempre un cuerpo al lado de mi cuerpo, su cerebro, un cerebro al lado de mi cerebro, su corazón, un corazón al lado de mi corazón. Y aquello no dejaba de sorprenderme. ¡No poder ser uno con lo que se ama!

«El hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer. Y los dos llegarán a ser una sola carne», dijo Mateo, capítulo X, versículos 8 y 9 del Evangelio.

Norbert, ¡cómo creer en semejante disparate!

Cuando has acariciado y besado cada parcela de tu amada, cuando tu mirada se ha sumergido en el vacío de sus ojos y tu sexo en el vacío de su cuerpo, ¿qué nuevo paso has dado hacia ella y qué conoces del amor?

¿Acaso los amantes más estrechamente unidos no están condenados a permanecer corporal y mentalmente ajenos el uno al otro, si no hostiles...?

Estrechar contra sí a un vivo o a un muerto, a veces es poca la diferencia: el muerto no puede hablar y no puede ver, pero el vivo puede mentir cuando te mira a los ojos...

Pronto, mi sufrimiento se hizo constante. Ya no podía estar alegre. Margaret lo advirtió y me reprochó, sin estar todavía convencida, aquella sombra que yo arrastraba a todas partes conmigo.

Para no tener que decirle nada y para tranquilizarla mientras yo también me tranquilizaba, me echaba sobre ella y la forzaba estuviéramos donde estuviéramos y en cualquier momento. Aquellos contactos brutales, cada vez renovados con más frecuencia, me calmaban momentáneamente aunque me embrutecían progresivamente. Pero me parecía que alejaban a mi mujer de mí en lugar de acercármela... Sin embargo, no cambiaba mi conducta. Me sentía apresado en una especie de engranaje y me resultaba prácticamente imposible desprenderme.

Era un hecho: Margaret se alejaba. Su cuerpo se volvía cada vez más aéreo, su cara más pálida, su voz más quejumbrosa... y en el lugar de su mirada ausente, porque sin duda había vuelto al pasado, quedaban dos charcos verdes.

Cuando entonces veía a mi mujer, no llegaba a conocer su pensamiento. A veces, al saberse observada y queriendo hacerme rabiar (todavía no creía en mi mal), me susurraba, volviendo hacia mí su rostro de estatua al que parecían haber incrustado unos ojos de porcelana:

—Adivina en qué estoy pensando.

La mayoría del tiempo, no lo descubría y, mientras ella se reía de mis sucesivos errores, yo sentía que me invadía como un mar de fondo, una desesperación que me trastornaba la razón.

Me decía: «Tú que la adoras y crees conocerla como a ti mismo, ¿cómo puedes ignorarla hasta ese punto?».

Un día le estaba haciendo su retrato y la escrutaba con la mirada, quizá más atentamente que nunca, más intensamente también.

De repente la cortina de bruma que me nublaba constantemente la vista se apartó y, oh terror, advertí que Margaret había vuelto a ser como antes... Se había convertido en una niña, una niña extraña, casi fabulosa. No quedaba en ella nada de una mujer. Estaba sentada al borde del lago, aquella tarde, y sus ojos derramaban una luz lunar. En un determinado momento, me tendió sus brazos blancos de ahogada o de sirena... Abandonando el lienzo y los pinceles, me puse a correr gesticulando. Ella corrió detrás de mí, imitando mis gestos desmesurados (porque la impotencia de los seres para comprenderse es muy grande), y no quiso creer sino que se trataba de un

juego.

Sin embargo, yo había dado mis primeros pasos, qué digo, mis primeras zancadas en el país de la locura y, por instinto, a partir de entonces evitaba a mi compañera.

Pero lejos de ella o cerca de ella, le consagraba siempre mi pensamiento entero, e imaginar que en mi ausencia podía pensar en alguien que no fuera yo, o bien no pensar en nada, me resultaba intolerable.

Yo tenía confianza en Margaret, sabía que era honesta hasta el escrúpulo; además, no frecuentábamos a nadie, y no veo de qué hubiera podido estar celoso.

No, no estaba celoso de ningún hombre, de ninguna mujer: ¡estaba resentido con el Creador!

Consideraba a Dios infinitamente cruel por haber hecho que me uniera tan fuertemente a Margaret, por haber de alguna manera alimentado mi amor, el cual, sin aquella aportación divina, hubiera sido muy poca cosa, por haberme permitido acercarme tanto a aquella mujer querida, tocarla, penetrarla incluso y por haber puesto trabas después que hacían vanos todos mis esfuerzos por poseerla de forma absoluta. ¿Acaso el Señor no me recordaba de este modo que mi amante era suya antes que mía? Él solamente me la había prestado, pero podía disponer de ella como quisiera, y quitármela para siempre si quería...

Tantas prerrogativas me exasperaban de parte de aquel que, sin embargo, no podía pretender ser amado por mi mujer, y todavía menos amarla, tan especialmente, tan cercanamente, tan tiernamente como yo lo hacía, pues yo era un ser humano, mientras que él era Dios.

¿Acaso comprendes, Norbert, por qué el Señor que exige de nosotros que nos amemos los unos a los otros, que seamos todos hermanos, no ha hecho, no lo hace todo para nuestra comprensión mutua, no quita las barreras que aíslan a cada hombre, cada mujer, cada niño, cada animal, cada ser que nace? Es de una ironía inconcebible, de una crueldad inadmisibile. La mentira, el más grave de nuestros defectos, sólo existe en razón de esas barreras. Dios nos ha construido para ser mentirosos y... ¡condena la mentira! Vamos, compañero, haz algo, ¡contéstame!

—Amigo —dije de repente arrancado como de un profundo sueño—, si no te contesto, es porque pienso como tú.

Entonces continuó:

Mi imposibilidad de deslizarme totalmente dentro de Margaret para navegar por venas y arterias en su sangre caliente, conocer todos los recovecos de su cuerpo, observar el motor de sus pensamientos, me irritaba más de lo que podrías imaginar. Y cuando vi cómo abultaba su vientre, un poco por debajo de los senos, el niño que llevaba dentro, como un enorme secreto, le detesté. Me hacía el efecto de que era el más astuto de los intrusos. Para haberse introducido allí, había tenido que asegurarse la complicidad del cielo.

A la hora en que toda la casa dormía, se ponían en marcha dentro de mí las ideas más descabelladas, ideas que intentaba rechazar como tentaciones malsanas y de las

que siempre me guardaba de comunicar a Margaret.

Por otra parte ¿qué hubiera podido hacer ella contra aquella bandada de mariposas diabólicas? Ya era demasiado tarde. O bien no me hubiera creído, o bien se hubiera quedado horrorizada. A veces, sin embargo, hubiera querido que me preguntara: «¿Por qué estás tan triste, mi gorrión?». Seguramente le habría hablado, y ella me hubiera librado de mis vanas preocupaciones. Pero no me preguntaba nada... ¿Qué pensamientos podían agitarse en su cerebro? Porque, sin duda, en él se agitaban pensamientos...

¡Ay!, cómo me intrigaba el cerebro de mi mujer. Lo hubiera dado todo por saber lo que había dentro y que me era desconocido. A veces, me murmuraba a mí mismo: «No tendrías sino que abrirle la cabeza...».

Cuando Margaret dormía, me inclinaba sobre su cara. Aquella cara estaba cerrada en los ojos, cerrada en la boca, y tan inmóvil... Presa de terror, la abofeteaba para estar seguro de que vivía. La durmiente se despertaba:

—¿Qué pasa? ¿Me has llamado?

Luego, cambiando el cuerpo de postura, volvía a sumergirse en sus sueños, dejándome tan rápidamente solo que me preguntaba cómo podía ella ir tan lejos en tan poco tiempo.

Trataba de dormirme para reunirme con ella. Pero no conseguía abandonar nuestra habitación, ni siquiera la cama, y aquel cuerpo inerte cuya visión me hacía estremecer. Si lo conseguía, era para encontrarme en un círculo de sueños donde mi mujer no estaba, como adrede.

A veces el rostro cerrado de Margaret sonreía, a veces los labios se entreabrían y balbucían frases que me parecían incoherentes porque, sin duda, no las comprendía.

Entonces tenía la certeza de que detrás de aquella frente lisa y dura, que se había convertido para mí en infranqueable muro, se movía un mundo al que no tenía acceso. Dejaba caer en la almohada mi cabeza dolorida, como si en lugar de plumas tuviera espinas.

Margaret, al verme con la cara descompuesta al despertar, me aconsejaba amablemente que tomara un laxante. Al principio hice lo que me decía, con el fin de serle agradable, pero pronto purgas y consejos me hicieron perder la paciencia. Sin responder al beso matinal de mi mujer, le grité que me dejara tranquilo y que se fuera al infierno.

La pobrecilla suspiró:

—Crees que me sigues amando, John, pero ya no me amas.

El tiempo pasó y se acentuó mi nerviosismo. Además, me parecía que mi vista disminuía. Eso me costó mucho admitirlo. Tenía que rendirme a la evidencia: ya no podía dibujar nada, pues me rompía la cabeza con los esfuerzos que hacía para ver...

Puedes imaginar lo que me produjo aquella revelación. No ver sino formas vacilantes, colores mortecinos, sombras tan impenetrables como abismos, luces cegadoras, como millones de soles.

¡Para un artista, la desdicha no puede medirse!

Sin embargo, hice con mi comienzo de ceguera como había hecho con mis insomnios: se lo oculté a Margaret, suponiendo que aquel estado injustificado sería pasajero. Cuando ella me rogaba que le enseñara mis obras y me proponía acompañarme a través del campo, a donde yo iba con mi material de pintor, para engañar a los demás y a mí mismo, rugía como el demente que ya debía ser. ¿Se sabrá alguna vez dónde empiezan el amor y la locura?

Margaret, brutalmente rechazada, lloraba en su habitación, lloraba delante de mí, lloraba sin parar. La indiferencia que yo mostraba ante su tristeza me demuestra que ya no estaba en mi estado normal. En cualquier otro momento de mi vida, aquellas lágrimas me hubieran emocionado hasta el punto de que hubiera sido capaz de unir a ellas las mías. Pero no, yo oía gemir a Margaret con una especie de satisfacción animal o bien con un hastío parecido al asco.

Como los días fríos habían llegado, ya no salía (además me había vuelto excesivamente friolero) y, como no podía entregarme a mi arte, sólo me quedaba entregarme a mi mujer.

—Me estoy quedando ciego —le dije un día a quemarropa.

—Estás loco —me dijo ella—. He advertido, efectivamente, que te dedicas a hacerte el ciego y el enfermo y el sordo, y no sé cuántas cosas más; siempre por atracción hacia todo lo que no es natural. Mañana llamaré a un médico para que venga.

—No quiero saber nada de tu médico —grité—, ¡atrévete a hacerle venir: le romperé la cara!

Y el deseo que yo había tenido de consultar a una eminencia médica de Londres fue barrido por la cólera, una cólera encarnizada que se volvió primero contra mi mujer, luego contra los médicos, la humanidad entera. Pensé que todo el mundo se había puesto de acuerdo para convencerme de que había perdido la razón y conseguir internarme.

¿Cuántos meses duré así? Lo ignoro. De día, permanecía la mayoría del tiempo en el salón, sentado junto a la chimenea vigilando el fuego. Sólo él me proporcionaba la ilusión de que no había perdido la vista totalmente, así que lo mantenía con fervor. Mientras tanto, chupaba caramelos que me traía a escondidas la chiquilla de nuestro jardinero. Me sentaba bien estar chupando continuamente: sentía que se fundía mi cerebro y me quedaba inmóvil en un sopor semejante al sueño que ya no conocía. Estaba casi contento de pensar que efectivamente experimentaba las primeras punzadas de la demencia. Por fin iba a poder vagar por el terreno más misterioso de todos, donde los locos tienen el privilegio de penetrar, y que siempre había excitado mi curiosidad.

El temor a la ceguera me hacía mucho daño. Pero aquel sufrimiento no era comparable con el que soportaba por la noche.

¡Ah!, aquellas noches, aquella oscuridad, aquella nada... Era presa de las

angustias más voraces, el juguete de las torturas más inconcebibles. Unas veces me parecía que la losa de una tumba pesaba sobre mí que no había dejado de vivir; otras me parecía que, aprovechando las tinieblas, la muerte, enviada por Dios, me quitaba a Margaret y la arrastraba a regiones más tenebrosas todavía. Entonces estallaba en blasfemias o en sollozos.

Una noche, recordando que mi mujer tenía ahora su «habitación», me dirigí hacia allí a tientas. Ella había olvidado echar el cerrojo a la puerta, según su nueva costumbre. Entré. Dormía profundamente como siempre. Enferma o sana, triste o alegre, no sabía dormir de otro modo.

Le toqué la frente. El frescor nocturno la hacía de piedra. Rocé la frente con el dedo, y me sentí lleno de ansiedad como detrás de una puerta que nadie ha visto abrirse jamás... Margaret no respondió. La luna, o quizá una lamparilla, derramaba claridad sobre su rostro, que yo veía nítidamente. Al acercarme más, para mi gran satisfacción, distinguí hasta los menores detalles: los párpados cerrados en los que las largas pestañas rizadas parecían sujetarse a las mejillas por minúsculos ganchitos, la mejilla derecha más llena que la izquierda, los labios pegados uno al otro, y aquella frente como un guijarro pulido.

Al final, como ya no podía más, levanté los párpados superiores de mi mujer. Dos ojos sin mirada y que seguían mirando, dos ojos de muerta aparecieron. Horrorizado, volví a cubrirlos con su fina cortina de carne.

Sin embargo, Margaret vivía: su corazón latía, regularmente (¿qué compás marcaba su corazón?), pero ¿dónde estaba Margaret? ¿Dónde se había refugiado su vida? Detrás de aquella frente, sin ninguna duda, detrás de aquella frente impertinente que me provocaba desde hacía demasiado tiempo y que yo deseaba abrir de un hachazo. Sí, aquella barrera huesuda, aquella barrera de dos pulgadas de ancho, aquella cosa minúscula que yo podía tener en la mano se atrevía a enfrentarse a mí, provocarme... ¡Era demasiado! Yo... yo...

—Lo sé, lo sé —dije a mi amigo, pues no quería obligarle a continuar por un camino peligroso para él.

—¡Ah!, lo sabes —se rió burlonamente—, ¡pues bien!, dime lo que hice.

—No lo sé exactamente —rectifiqué—, supongo que golpeaste a tu mujer dormida, que ella aterrorizada gritó y despertó a los criados. Te repito que son suposiciones.

—Es curioso: nadie quiere decirme por qué me encerraron, en qué circunstancias —dijo muy abatido—. ¿Acaso deseé matar a mi mujer...?

Al ver que mi amigo se quedaba de nuevo absorto en una meditación prolongada, le zarandeeé.

—He estado encerrado diez años —repuso—. ¡Loco y ciego! Lo supe por los médicos, cuando me curé, pues no conservaba recuerdo alguno de esos diez años.

»A propósito de mi curación, que recuerdo perfectamente, te citaré un detalle: estaba mordisqueando un trozo de cartón y alguien me preguntó:

»—¿Por qué come usted esa porquería?

»Contesté:

»—Realmente, es verdad, ¿por qué comer este papel? Costumbre, costumbre.

«Entonces levanté la cabeza y vi ante mí a un hombre vestido de blanco, un médico, que parecía tan estupefacto como yo. Llamó a uno de sus colegas e inmediatamente entabló una conversación conmigo».

—¿Qué te dijo el médico?

—Me preguntó lo que se acostumbra a preguntar a los enfermos: si tenía hambre, si estaba estreñido, si me apetecían huevos con bacon, si quería dar un paseíto con él por el jardín. ¿Qué sé yo...? Sobre todo me miraba, y su colega también me miraba. No pude evitar decirles: «No me miren así, me van a volver loco».

Varias semanas después, fui trasladado a otra casa, situada en un lugar donde el aire sería más saludable para mí, me explicaron. Allí pasé largos meses, reclamando cada día la visita de Margaret, que siempre me prometían para el día siguiente. Me permitieron escribirle, pero no recibí de ella respuesta alguna. Sospecho que las cartas jamás llegaron a su destino. Si los médicos hubieran podido sospechar lo grande que era mi inquietud, seguramente hubieran temido por mi razón por segunda vez.

Cuando por fin fui libre, me dirigí inmediatamente a Goldloch. Nuestra casa estaba cerrada, la de mis padres también. El pasado se había vaciado durante mi larga ausencia... Aquella constatación me entristeció mucho. Pero no, ¡no podía ser! Buscaba a mi mujer y tenía que encontrarla. Volví a nuestra mansión y supe, por una lechera que pasaba, que un criado iba a ventilar de vez en cuando Morton Castle, donde nadie vivía actualmente. Esperé al criado en cuestión. Era Johnson. Le conocía muy bien. El viejo sirviente intentó huir cuando me vio, y con muchos esfuerzos conseguí tranquilizarle.

Cuando hubo recuperado el valor y el uso de la palabra, me informó de que Margaret, aterrorizada por mis amenazas de muerte, y principalmente por el gesto que había determinado mi internamiento, había permanecido, durante muchísimos años, en un estado absolutamente alarmante de postración. Después, siguiendo los reiterados consejos de los médicos, se había decidido a abandonar Inglaterra para irse al extranjero.

Pregunté al buen anciano si ella había ido a verme alguna vez a mi guarida.

—Naturalmente que no —me dijo, en un tono que jamás hubiera empleado si me hubiera creído en posesión de todas mis facultades—, porque usted estaba muerto para ella. Su marido no era ese ser privado de todo que, con perdón de usted, se había vuelto peor que una bestia; su marido ya no era sino un recuerdo.

Johnson añadió que «la señora iba a volver próximamente a pasar un mes a su propiedad, y que no aconsejaba al señor, si sentía alguna compasión por el martirio sufrido por ella, que se presentara en Morton Castle sin advertir a la enferma con multitud de precauciones».

En esas condiciones, ya no podía escribir. Así que rogué a Johnson que contara nuestra entrevista a su ama y que viniera, sin tardanza, a ponerme al corriente de la situación. También le pedí que me diera noticias de mis padres.

—Son felices —me contestó.

Comprendí que ya no existían. Quise averiguar también el estado de salud de mi hijo o de mi hija...

—Lo ignoro —dijo, bajando los ojos.

Llegué a la conclusión de que mi hijo jamás había visto la luz.

Una semana más tarde, Johnson se presentó en la posada donde yo me hospedaba, en los alrededores de Goldloch, y exclamó temblando de pies a cabeza:

—Señor, ¡qué me ha hecho usted hacer! La señora está muy mal. ¡Una fiebre cerebral! Se teme que sea el fin...

Cuando Johnson se fue, me desplomé en una butaca y me apreté el pecho con las manos, sorprendido de que me doliera ahí...

Pasaron varios días, ocho quizá, y el viejo criado que me había prometido volver no aparecía. Sin duda me echaba la culpa de haber puesto a su ama más enferma.

Como ya no podía más, una tarde a la hora del crepúsculo en que la verja de nuestra propiedad había quedado entreabierta, avancé como un ladrón por el jardín y busqué un bosquecillo donde esconderme. Esperé la noche, helado. Johnson fue a cerrar el portón; Ada, la cocinera, fue a recoger una toquilla de un banco. Luego todas las luces de la casa se apagaron... El jardín era mío.

Tomé la avenida principal, bordeada de fresnos. Las hojas de aquellos enormes árboles se agitaron, la grava chirrió bajo mis pasos.

Temiendo atraer la atención de alguno de los criados, seguí entonces un sendero de tierra batida y me detuve bajo el cenador cubierto de rosas como antaño cuando, sentados en el viejo banco, nos estrechábamos el uno contra el otro.

Me puse en «mi sitio», toqué el suyo, al lado, ¡frío...!, ¡tan frío...! Y lloré como un niño que ha perdido a su madre. Me parecía que no era viudo, sino huérfano. Huérfano, efectivamente lo era, pero nunca había sufrido tanto como aquella noche.

Las horas goteaban, cada vez más espaciadas... Un álamo se alzaba ante mí, erguido sin orgullo, con la luna sonriendo sin alegría en su copa. ¿Has experimentado alguna vez la influencia maligna de la vigilante del mundo?

El follaje bañado de luz blanca estaba callado, debía tomarme por una imagen petrificada del dolor. Cada hoja se recortaba, absolutamente nítida, mostrando su modelado carnal. Nada se movía, sólo el agua del estanque. La verdad es que apenas se agitaba. Lo justo para demostrar que estaba enamorada... Pero de todas partes surgían olores: aromas de flores del verano que terminaba, aromas de gatos salvajes, olores de plumas y de pelos húmedos, ¡el simple olor de la tierra! Y todo era tan fuerte, tan penetrante, tan lleno de sensualidades secretas, que mi sed de amor se me hizo intolerable. Mi sangre, que desde hacía diez años no había sentido correr, de repente se precipitaba en cascadas por mis arterias. Además, más que una necesidad

de lujuria, era una necesidad de violación la que me exasperaba. Violar no importaba a quién, no importaba a qué, ¡pero cometer un acto de brutalidad!

En un determinado momento, una rosa se desprendió de la enramada y me rozó el hombro. La cogí y mordí con furia su carne tibia, imaginando que mordía la de Margaret. Me sentí momentáneamente aliviado.

La mañana me encontró en el mismo sitio, en la misma postura. Súbitamente me di cuenta del peligro que existía para mí si me quedaba en aquel banco y me dirigí al bosquecillo. Decidí esperar, escuchar, ver...

Hacia las once, como no oía ruido alguno, empecé a apartar las ramas y me acerqué lo más posible a la casa. Así fue, Norbert, cómo al asomar la cabeza a través de un arbusto, ¡vi a Margaret!

Estaba tendida en un canapé, no vestida de rosa o de blanco como antaño, sino de negro... Era verdad, yo estaba muerto para ella...

Su vestido hacía que resaltara en amarillo su rostro demacrado y que parecieran casi grises sus cabellos, antes dorados.

Margaret miraba al frente, pero daba la impresión de que no veía nada. Sus grandes ojos demasiado lavados por las lágrimas ahora eran grises, como sus cabellos. Su color verde había desaparecido en las órbitas huecas.

La presencia de una enfermera me impidió cometer la imprudencia de echarme a los pies de la que había hecho tan desdichada. De rodillas en el suelo, me sentí muy débil y me vi obligado a agarrarme a las raíces de los matorrales para no desplomarme sobre las ramas, que hubieran traicionado mi presencia. Muy abatido, suspiraba: «Margaret, perdóname, Margaret, perdón...».

No te describiré los innumerables combates que se sucedieron dentro de mí. ¿Quién puede luchar de ese modo con un cerebro y un corazón de hombre, y cómo sus órganos resisten a tantos pisotones, tanto peso, ruidos, golpes, mientras a veces basta muy poca cosa para alterarlos?

Una voz, que dominaba a las demás voces, dijo:

«¿Qué esperas para acercarte a tu mujer, pero qué esperas? Poco impona esa presencia molesta cuando se trata de tu vida y de la de tu amada. Ese rostro doloroso, ese cuerpo debilitado te esperan para renacer a la dicha. Muéstrate, y cuando Margaret haya recuperado a su John, el pasado se borrará solo. Tendréis nuevos esponsales...». Pero otra voz replicaba más fuertemente: «Mírate en un espejo, tus ojos son los de un loco. Margaret es tan frágil que el miedo la matará». La dulce voz de mi mujer aplacó aquellas voces terribles. Preguntó a la enfermera:

—¿Cree usted realmente que mi marido ya no está loco?

—Naturalmente, todas las enfermedades se curan —respondió ésta.

(Me hubiera gustado expresarle mi gratitud).

—¡Ah!, usted cree —dijo Margaret que debía haber hecho esa pregunta a la enfermera más de veinte veces.

Su aparente calma no duró mucho. De repente se sobresaltó y dijo casi gritando:

—¡No! No quiero verle. ¡No quiero que venga! ¡Está loco! ¡Va a matarme!

—Deje de pensar en él —aconsejó la enfermera—, voy a buscar el jersey que ha empezado para la pequeña Nelly. Da mucha pena esa gente con sus ocho hijos a los que no consiguen alimentar ni vestir adecuadamente.

Me quedé solo con mi mujer cinco minutos. Piensa: cinco minutos durante los cuales sabía que pensaba en mí, que no pensaba más que en mí, intentaba verme allí donde no estaba y se aferraba a un fantasma, mientras que a dos pasos de ella, en carne y hueso, yo contemplaba aquel espectáculo como un hombre verdaderamente resucitado de entre los muertos... Piensa: cinco minutos durante los cuales estaba cerca de ella, cerca para verla con detalle, cerca para oírla, cerca para respirarla... Por mi voluntad me había atado los brazos para no tendérselos, me había amordazado para no gritar mi amor. Pero mi suplicio era tal que me parecía que de cada uno de mis poros salía una lengua exasperada de deseo.

¡Y el que todo lo ve y todo lo puede permanecía insensible! Dios que ama a todos y cada uno jamás me ha amado, Norbert, pero ¿por qué hizo que cayera su odio sobre Margaret? Iluminando a la enferma, hubiera hecho que cesara su tortura; hubiera hecho al mismo tiempo que cesara la mía —cosa que no quería, ¡porque es la bondad infinita!

Cinco minutos, qué largos y breves a la vez, y cuánta miseria o dicha pueden contener...

Amigo, semejantes pruebas ¿no están hechas para aniquilar a los más fuertes y retirarles para siempre sus últimas creencias...? Y cuando te diga que me fui sin ni siquiera llevar la huella de una mano, de su fina mano blanca y fatigada que yacía sobre su vestido como una flor de lis marchita, que me fui sin ni siquiera haber intercambiado con mi amada una sola mirada...

Y sin embargo lo hice. Una vez franqueada la verja del jardín, me puse a correr por el campo, disimulando mi pena lo mejor que pude. Una vez en mi habitación, me entregué totalmente a ella.

En sus brazos como tentáculos, en su boca de ceniza, expío cada vez más la falta más involuntaria que pueda existir. El resto del tiempo, trabajo y vago como un alma en pena. Berneval, que no ha hecho como mis demás amigos, Berneval, que no ha renegado de mí, me ha conseguido un empleo en el ministerio. He abandonado completamente el dibujo y la pintura. No puedo soportar la vista de un cuadro y todavía menos la de un pintor que intenta plasmar un paisaje, una expresión. También soy enemigo de los literatos que pretenden dar forma a los sentimientos humanos y de los músicos que los alteran demasiado. Como puedes comprobar, me he convertido en un bruto.

Pero no pongas esa cara, Norbert.

Los ojos de John, en la sombra, resplandecían a fuerza de brillar. Yo me callaba,

pero pasé mi brazo alrededor de su cuello y de este modo, a través de una noche absolutamente negra, caminamos uno al lado del otro hasta su puerta. En el momento de separarnos, pregunté a mi amigo si Berneval —el Fiel— había intentado razonar con Mrs. Mac Corjeag. Me dijo «no» con la cabeza y, sin quererlo, encendió en mí una esperanza insensata.

Aquella esperanza, la compartí con él, para que su débil luz reconfortara su alma hasta la aurora...

Capítulo VII

EL relato de mi viejo amigo de juventud había fulminado literalmente todas mis facultades, y durante veinticuatro horas no me sentí capaz de emprender nada. Pero pasó el plazo y como mi esperanza seguía ardiendo, cogí el tren en dirección al Norte. Había decidido hacer lo imposible por ver a Mrs. Mac Corjeag, y hablarle, arriesgándome a ser expulsado de su casa de la forma más vergonzosa.

—La señora no recibe; el señor seguramente no sabe que la señora ha estado muy enferma —dijo el ama de llaves de Morton Castle.

—Lo lamento infinitamente... Y lo siento mucho más porque soy uno de sus amigos de Francia y voy a estar en Escocia sólo unos días —respondí amablemente.

—¡Francés! —exclamó la muchacha—, el señor es francés, entonces la señora quizá le reciba. Mi ama quiere mucho a sus compatriotas —añadió ruborizándose, como si ella les hubiera querido todavía más.

Se informó de mi nombre, se fue y volvió.

—La señora no recuerda su nombre, pues su memoria está muy débil, y con razón, pero le ruega que entre.

Entonces fui introducido ante la mujer de John, a la que jamás había visto, y admitido a hablarle a solas.

Mrs. Mac Corjeag vino a mi encuentro. Forma delgada, vestida de oscuro, tan pálida que se diría transparente, parecía una sombra que salía de la sombra. Cuando estuve a dos pasos de ella, sin dejar de emplear la audacia, le dije que sin duda no me reconocía, aunque había tenido el placer de verla muchos años antes, pues era un amigo de juventud de su marido. Luego esperé, sin dejar de mirarla.

¿Era guapa? Estaba dotada de esos ojos conmovedores que detienen el examen del rostro y le confieren un encanto mayor que la belleza.

—¡Mi marido! —repitió Mrs. Mac Corjeag, sentándose pesadamente como si se desplomara—. Mi marido... Pero está loco...

Sus ojos estaban ahora cerrados y pude admirar la pureza del óvalo de la cara, la nariz recta y fina que formaba una línea con la frente muy alta, la boca un poco grande, pero de agradable perfil.

—Es una gran desgracia —respondí después de unos minutos de silencio.

No añadí nada más; en primer lugar quería ganar la confianza de aquella mujer.

—¡Ah! Señor, le hubiera preferido muerto, así le hubiera perdido menos. Cuando se ha sido el uno para el otro lo que nosotros éramos, no hay palabras, es fácil comprenderlo, para expresar el horror de semejantes situaciones.

—Lo sé, John y usted estaban perfectamente unidos... Y además, se conocían desde hacía tanto tiempo...

—Señor —repuso Mrs. Mac Corjeag, visiblemente compadecida de mi balbuceo —, es usted un viejo amigo de mi marido y le hablaré libremente. Entre ingleses no nos gusta revelar nuestros secretos, pero como usted es francés...

(Su voz era un poco sorda, pero dulce como deben ser las voces de las hadas, de los espíritus y de los genios que pueblan la inmensa incertidumbre de nuestra existencia).

—John Mac Corjeag fue mi primer y mi único amigo de la infancia. En Goldloch, donde mi padre era médico, nuestras casas respectivas estaban bastante alejadas una de otra, pero en la soledad del campo las distancias se acercan, sobre todo en invierno, en que la bruma, el frío, la oscuridad, obligan a la gente más huraña a buscarse... Así que considerábamos a los Mac Corjeag como nuestros vecinos más próximos. El pretexto de un favor que hacer o que pedir, entre amos o criados, haciendo abstracción de la amistad que unía a nuestras dos familias, procuraba a John y a mí muchas ocasiones de vernos diariamente.

»La casa de John no era bonita. Era sombría y deformada como los Mac Corjeag, de rancio abolengo, con algo deliciosamente romántico (las casas, no le parece, son con frecuencia la fiel imagen del carácter de las personas a las que pertenecen), pero me gustaba más que la mía, sobria, plácida y ampulosa, como mi tía materna que la había mandado construir.

»Los Mac Corjeag siempre me habían atraído por el misterio que se desprendía de su vivienda, de su vestuario y sus actitudes, de su vida en general. Puede usted juzgar, en consecuencia, el atractivo que ejerció sobre mí el pequeño John, que era aproximadamente de mi edad. Tras él, veía alzarse al padre asombrosamente largo en su levita asombrosamente corta, con su Biblia negra en sus manos de cera, la madre en su vestido abotonado hasta la barbilla —a la que jamás se había visto reír ni llorar, pero a la que habían visto tirarse al lago negro de Bluemore—, o el abuelo, al que su kilt, sus interminables piernas y su largo cuello, hacían que se pareciera a algún héroe fantástico.

»John era a la vez el ser más execrable y el más fascinante del mundo.

«Execrable porque era sombrío, remilgado, satánico, angustioso. ¿Fascinante? ¡Pues sin duda en razón de esos mismos defectos! (Sonrío ante la evidente lógica de aquel razonamiento tan femenino). De muy pequeña sufrí aquella fascinación, a la que intenté sustraerme, por instinto quizá, pero más probablemente por orgullo de niña que no quiere sufrir la influencia de un niño.

«Comprenderá hasta qué punto su hechizo actuaba sobre mí cuando le cuente el hecho siguiente: yo tenía unos doce años; John, por una razón que jamás he comprendido bien y que no debe conocer sino Satanás, John, que me amaba tiernamente y no tenía hacia mí sino amabilidad y delicadeza, me tiró el contenido de un tintero a la cara, sin que hubiera motivo alguno para su gesto. Hubiera tenido que sentir aversión por él, experimentar una violenta cólera. ¡Pues bien!, aunque humillada, herida, ofendida, no le odiaba. Al contrario: desde aquel día, pensaba en él

como una mujer piensa en un hombre y ya no como una niña piensa en otro niño. A partir de entonces rehuía a John no por rencor, sino por timidez.

«Aquel acto inexplicable no me hizo sospechar en absoluto de su equilibrio mental, ni a los míos tampoco.

«—Debiste jugarle alguna mala pasada y quiso vengarse, los hombres no son santos —declaró mi madre.

«Y mi padre, que era indulgente en extremo:

»—No lo ha hecho a propósito; sin duda fue un gesto involuntario.

«En cuanto a mí, sabía que aquellas hipótesis eran falsas, pero me guardé de expresar mis pensamientos. Ese algo secreto que había surgido violentamente me turbaba demasiado... Había oído muchas veces a nuestra doncella afirmar a la costurera: “Escucha, hija mía, lo que te digo es verdad: el amor y la cólera van a la par. Si tu amado te regaña, es que te ama mucho; si te pega, es que te ama con locura”. Yo tenía, pues, la certeza de que John me amaba, y sentí verdadera pena cuando abandoné Goldloch con mi madre, después de la muerte de mi querido papá.

»Pero jamás escribí al objeto de mis sueños, pues el pudor había ocupado dentro de mí el lugar de la inocencia.

»Volví a ver a John muchos años más tarde, ya era una jovencita, y además estaba prometida a un oficial de marina. Aunque había sabido escapar a su encanto siendo una chiquilla, entonces ya no supe. ¿Acaso fue porque mi amigo reapareció rodeado de una aureola de talento? ¿Acaso fue porque tenía que luchar no solamente con él, que era guapo y me amaba, sino también conmigo misma, con mi sensualidad que despertaba...? Cedí. Le amé como pocas amantes han amado a su amante, yo creo. Le amé, verdaderamente como una posea. No me arrepiento de nada... No podía encontrar mayor variedad de sensaciones y de ideas reunidas en un solo ser.

»John tenía una naturaleza inmensamente rica y los poseedores de semejantes tesoros raramente escapan a la neurastenia primero y a la locura después».

Yo miraba a Mrs. Mac Corjeag mientras hablaba de aquellos atormentados recuerdos. Su pálido rostro estaba inmóvil, sus manos que apretaban sus rodillas no temblaban, pero sus párpados cerrados dejaban escapar oleadas continuas de lágrimas y su voz era cada vez más entrecortada.

(Quise intentar hablar de otras cosas, pues temía por la salud de aquella mujer, valiente pero frágil. Pero ella no me dio la oportunidad).

—Nuestra unión duró un año, uno sólo... pues acabó bruscamente cuando mi marido tuvo que ser internado.

»John y yo habíamos recibido de Dios todas las gracias dadas a dos seres que se aman. Yo era feliz sencillamente. La menor de mis ocupaciones estaba embellecida por el amor, y esperaba con serenidad la llegada de nuestro hijo Jack. Creía a mi marido en la misma disposición mental y emocional. ¡Era tan natural! Creía que John soñaba con nuestro hijo como yo lo hacía, aunque jamás hablara de ello, por pudor a mi reciente maternidad.

«Nosotras las mujeres amamos y pensamos con el corazón. En el hombre, evidentemente, el cerebro juega el principal papel. Pero yo no sospeché nada... Por eso, cuando empecé a advertir la agitación mental de John, no le di la menor importancia. No podía concebir que su vida, estrechamente ligada a la mía, tan apacible, pudiera ser presa de grandes tormentos. John reflexionaba demasiado y revelaba demasiado poco sus pensamientos. Eso fue lo que le perdió. Al principio de nuestro matrimonio, sin embargo, con frecuencia se abrió a mí, pero nada de lo que me decía podía hacer presagiar la demencia. Pasaba muchos períodos de dos o tres semanas durante las cuales se encerraba en sí mismo. Yo no encontraba en eso nada anormal: cuando John meditaba tan largamente sin comunicarme sus meditaciones, yo me decía: “Busca algo”, y evitaba molestarle. Por otra parte creía que sus meditaciones tenían lugar en el ámbito del Arte, como casi todas nuestras conversaciones. Durante el período que precedió a su internamiento, no me hablaba desde hacía meses. Su aspecto era lastimoso, su desequilibrio visible.

»Un día, lo recuerdo, estaba haciendo mi retrato. Realmente el retrato estaba acabado, me parecía muchísimo y le aconsejé que lo dejara así. Él quería añadirle algo, luego algo más. Aquello duró dos meses y yo seguí posando, dócil, pero entristecida por el empecinamiento de mi marido —empecinamiento que conducía a la destrucción progresiva de una obra que había sido casi perfecta en el primer bosquejo—. Durante aquellas sesiones interminables, él no decía nada. Pero una vez rompió el silencio para gritarme con voz ronca: “Te escondes a propósito de mí, es culpa tuya si no consigo acabar este retrato, culpa tuya, sin duda...”. Y como le miré sobrecogida: “¡No me mires así o te salto los ojos, inmunda criatura!”. Después de aquello, quise que consultara a un médico. Se negó. Sus padres, a los que había puesto en la puerta en un acceso de furia y a cuya casa yo iba a escondidas, me aconsejaron que le “dejara”. Cometí el grave error de escucharles y de no querer mirar mi desdicha a la cara. Mi castigo...».

(Mrs. Mac Corjeag inclinó la frente, apartó sus cabellos de lo alto de la cabeza y dejó al descubierto una ancha cicatriz).

—¡Quiso matarme!

(Se detuvo un momento para recuperarse y continuó).

—Excepcionalmente, Johnson, nuestro criado, que no se había acostado, al ver a su amo, cuyas rarezas había advertido, salir de la cocina con un cuchillo en la mano a esas horas de la noche, le siguió intrigado, preocupado también. Al llegar a la puerta de mi habitación, oyó mi grito y entró justo a tiempo para evitar el segundo golpe que estaba a punto de abatirse sobre mi cráneo...

(Aquí la mujer de John volvió a callarse y pude oír su respiración irregular, como si se ahogara. Se repuso en un nuevo impulso de energía, aunque conservó los ojos cerrados).

—¿Sabe usted?, he decidido, en mi testamento, legar mi cerebro al laboratorio de Antropología, con el fin de que pueda servir para satisfacer la curiosidad de futuros

médicos. Y además... y además... porque no quiero ser enterrada con esta cosa que tanto hace sufrir en la vida y que debe continuar haciendo sufrir en la muerte. ¿Acaso se ha podido probar lo contrario?

—Deje de pensar en esa triste historia, mi querida Mrs. Mac Corjeag, porque John está curado.

—Para afirmarlo tendría usted que haberle visto y oído. Entonces le creería. Y además... Johnson me ha contado que tenía unos modales poco tranquilizadores.

—No le haría una afirmación semejante si no estuviera absolutamente seguro de lo que digo, si no hubiera visto a John durante mucho rato, si no le hubiera oído durante mucho rato hablarme...

La joven dama frunció el ceño, y me apresuré a añadir:

—Debo advertirle que John ignora la visita que me he tomado la libertad de hacerle. La piedad ha sido la que me ha conducido aquí. John la ama demasiado, señora, para intentar imponerle su presencia. Permaneció toda una noche y un día escondido en un bosquecillo, y supo respetar su consigna: no se mostró. Lo que no ha mostrado tampoco es su desgarradora pena, su desesperación sin límites.

Mrs. Mac Corjeag acababa de abrir los ojos sobresaltada.

—Entonces, era verdad —articuló súbitamente inspirada—, ¿estaba en el jardín? ¿Qué día fue?

—El jueves, toda la noche, y el viernes hasta el atardecer.

—Es extraño... el viernes por la tarde... Yo sabía que se encontraba en alguna parte en el jardín, y le insistí a miss Push para que me dejara dar una vuelta por el exterior, antes de acostarme. Insistí mucho, incluso me enfadé, y acabó por acceder a mi deseo, pero en su compañía. Yo caminaba, escudriñando por todas partes, despavorida, angustiada, y ella no dejaba de repetir: «Señora, ¿le parece razonable, le parece razonable?», como si yo también hubiera obedecido a una crisis de locura. Estaba ahí... estaba ahí... ¡Estaba segura!

—Estaba a las cinco, pero no a las diez. Se fue cuando usted entró con miss Push en la casa.

—Ya no estaba... ¿De verdad? Naturalmente. Yo le buscaba con la certeza de no encontrarle. Pero presentía «su presencia allí». ¡Ah!, mi Johnny, lo pensé con nitidez: no era posible que la locura hubiera reducido su alma a la nada. Está en el otro mundo y me llama. ¡Qué dichosa voy a ser muriendo ahora! Gracias, señor, por haberme dado esta dulce certeza.

—Creo, señora, que su marido está mucho más cerca de usted de lo que piensa, y si él la llama, no es para que se reúna con él en el otro mundo, sino en éste. Admitiendo que su alma haya abandonado su cuerpo durante la enfermedad, lo que sería discutible, ha debido reencarnarse en él en la curación. Estoy completamente convencido: usted no encontrará diferencia alguna entre su alma de ahora y su alma de antaño, cuando estaba sano.

—¿Es posible...? —murmuró ella, muy turbada—, no había pensado en eso.

Pareció abstraerse en una muda plegaria. Luego, apretándose los brazos con las manos, gritó:

—Entonces, que venga inmediatamente. ¡Mi Johnny! ¡Mi Johnny...!

Capítulo VIII

—¡MI Johnny! Quiero verle. ¡Quiero! —seguía gritando la pobre Margaret, cuya voz se estaba poniendo ronca.

—Hoy no —repitió la enfermera—, hoy no; mañana, si me deja cuidarla.

—No viviré hasta mañana y me cuidará en vano. ¡Mi Johnny, quiero verle inmediatamente! ¡Inmediatamente! ¡Johnny...! ¡Johnny...! —gritaba cada vez más fuerte, como si estuviera convencida de que él estaba detrás de la puerta y que a su llamada entraría a pesar de todo.

Él entró y se abalanzó hacia ella. Me alegré de lo que pronto iba a deplorar amargamente.

Ella se quedó con la boca abierta al verle. Pero cuando él estuvo a su lado, lanzó un grito de animal degollado, un grito que duró mucho tiempo. John salió inmediatamente.

Ella susurró entre los almohadones estas palabras: «¡Loco, loco, matar, matar, matar!».

Intenté tranquilizarla, pero me di cuenta de que me exponía a cansarla inútilmente. Estaba obsesionada, innegablemente obsesionada. Además, no quería dejar solo a John. Le encontré, no en la antecámara, donde le imaginaba, sino en su pequeño despacho cuya llave había mandado que le devolvieran. Estaba ocupado cargando una pistola. Le sermoneé lo mejor que pude y, sin que se diera cuenta, entregué el arma a Johnson, el anciano criado de confianza.

Mrs. Mac Corjeag se había quedado por fin adormilada y como miss Push parecía cansada, recomendé a esta última que fuera a descansar un poco a la habitación contigua donde podía tumbarse. Cerré la puerta de comunicación de las dos estancias y mandé venir a mi amigo junto a su mujer. Sin embargo, le rogué que se quedara momentáneamente detrás de un mueble, mientras yo me colocaba al lado de la enferma.

Pero aproximadamente veinte minutos después de la marcha de la enfermera, Mac Corjeag se acercó a su amada arrastrándose por la alfombra.

—Johnny... —se puso ella a suspirar.

¿Estaba semiconsciente, soñaba? Jamás lo sabremos.

John, a pesar de mi prohibición, que no podía manifestar sino por medio de susurros, le cogió la mano. Tenía la cabeza contra la almohada, que debía empapar de lágrimas, cosa que yo adivinaba por los espasmos que sacudían sus anchos hombros.

Ella repitió en tres ocasiones el nombre de su amor. Cada vez, John la abrazaba. Por fin, como ya no podía más y para calmar aquella llamada semejante al quejido de un niño, acercó su boca a la boca de Margaret.

Ella dejó de llamarle...

Cuando él retrocedió, la vio muerta, ¡y sonriendo!

—Rotura de un aneurisma —pronunció el doctor—, pobre mujer, así se acaba su calvario.

En cuanto a John, se había quedado de pie, apoyado en la pared de la habitación, con los brazos cruzados, y tan inmóvil que hubiera podido creérsele muerto, a él también, si sus ojos no hubieran mirado fijamente el cadáver con una expresión de desafío que se iba acentuando por minutos.

Cuando el médico se fue, volvió junto al diván donde yacía su amante y, levantándola a medias, se puso a sacudirla vivamente, como suele hacerse con un reloj que se ha parado.

Yo iba a intervenir, pero soltó por su propia voluntad su macabro fardo y me dijo con una voz que quería ser tranquila, pero que no lo era:

—Norbert, una vida humana no puede detenerse así, el doctor se ha equivocado. Hace cuarenta minutos, Margaret estaba viva como tú y yo; tenía todos los sentidos, una inteligencia... una mirada... una voz... Era capaz de moverse, de comprender... de amar... de crear... Y pretendes que súbitamente se haya convertido en un montón de carne, que a ti sólo te sirva para tirarla, y a mí para comerla... Porque si así fuera, ¡sin duda la comería! No permitiré a los gusanos que paseen sus caricias viscosas por este cuerpo que yo he adorado y que se ceban con esta sangre que estuvo tan íntimamente mezclada con la mía. ¡Dios, qué fría está! Te lo suplico, haz que me traigan todos los ladrillos que se puedan poner al rojo en el horno de la cocina. ¡O estoy loco o la calentaré!

Hice lo que deseaba, pues no me atreví a contrariarle. Mientras los criados se lamentaban en las cuatro esquinas de la cocina, recogí todos los ladrillos que encontré, yo mismo los puse en el horno y rápidamente se los llevé a mi amigo.

¡Con qué cuidado los colocó a lo largo del cuerpo helado de Margaret, cómo la mantuvo apretada contra su piel, con la camisa abierta para comunicarle su calor de vivo y enseñar a su corazón a latir, poniendo su corazón contra su corazón! ¡Cómo le cubrió el rostro de besos y de llanto...!

Aquel espectáculo me arrancó muchas lágrimas a mí también, pero las reprimí en silencio.

Al cabo de un momento, John me llamó:

—Norbert, manténle la boca abierta.

Yo murmuré afectuosamente:

—Vamos, amigo, vamos...

Pero me suplicó y lo hice, mientras él soplaba en aquel agujero viscoso, suavemente al principio, más fuerte después.

Se detenía para aspirar aire y volvía a empezar, quedándose sin aliento. Luego se

paró y ya no continuó. Había renunciado.

Ahora recorría la habitación llamándola, agitando las cortinas, apartando los muebles y sólo interrumpiendo sus movimientos para repetir más lúgubrementemente su grito. Aquel grito, que me taladraba el tímpano y hacía que todas las fibras de mi ser vibraran dolorosamente, ¿cómo podía no oírlo ella? ¿Cómo podía no estremecerla, aunque estuviera muerta?

Pero no... Margaret no se movía y nada parecía moverse en ella... ¡Como si cuando se está muerto ya no se existiera!

Sin duda hubiera sido discreto dejar solo a John, pero no me pareció prudente. Así que permanecí a su lado, observándole disimuladamente. Seguía caminando a lo largo y a lo ancho; sin embargo parecía casi feliz desde hacía un momento y yo no sabía a qué atribuir el inesperado cambio.

—A partir de ahora, nunca abandonaré esta habitación —dijo—. ¡Ella está ahí, la veo!

Y esbozó un gesto en dirección al techo en el que la lámpara había dibujado su halo.

Pero unos minutos más tarde, corriendo violentamente la cortina que tapaba la ventana, exclamó:

—¿Por qué, oh, por qué han dejado esta ventana abierta...? Si todo hubiera estado cerrado aquí, el alma de Margaret no hubiera podido escapárseme. Ahora...

Le consolé lo mejor que pude. No quiso escucharme y casi me injurió.

Después de organizar a su alrededor una vigilancia velada, pero sólida, bajé al jardín para recuperarme un poco de tantas emociones.

El viento soplaba, puro, ahuyentando las nubes con grandes aletazos. Los árboles azules se estremecían. Bajo el cenador, todas las rosas estaban caídas...

Puse mi frente ardiendo en el banco de piedra, que tenía la frialdad de una tumba.

Capítulo IX

LA voluntad de Mrs. Mac Corjeag fue respetada. John, al saber por mi boca y la de Johnson la decisión de su mujer, no se quedó demasiado sorprendido. Pero contrariamente a lo que se podía creer, no experimentó sentimiento alguno de curiosidad y sin duda no se le hubiera ocurrido la idea de asistir a la necropsia, si el doctor Berneval no le hubiera animado a presenciarla.

Sí, este último dio la autorización a nuestro amigo. Yo hice lo que pude para disuadirle, pero el profesor me contestó:

—Vamos, otro que no le cree curado. ¡Nadie tiene confianza en este muchacho! ¡Pues bien!, aun admitiendo, si lo desea, que esté usted en lo cierto, yo pretendo que el contacto con la realidad de las realidades le curará radicalmente si todavía no lo está del todo. Tocaré el cerebro de su mujer, al descubierto, en vivo, y ya verá cómo no vuelve a desvariar nunca más después de haber puesto el dedo encima.

Yo no estaba convencido en absoluto. Conseguí solamente que John viera el resultado de la necropsia, pero que no asistiera a ella. Mac Corjeag consintió, con la condición de que yo permaneciera junto a su mujer durante la operación, cosa que hubiera evitado encantado.

Ya el escalpelo corría de una oreja a otra de la muerta, a lo largo de la parte superior de la cabeza. Los cabellos caían en mechones, la sangre corría... ¡Y la cara de Margaret no se contraía!

El cuero cabelludo cayó sobre los ojos; aquel repugnante espectáculo que veía por primera vez me dio náuseas.

La sierra intentaba ahora desprender la bóveda del cráneo; el martillo vino en su ayuda. Era espantoso oír en el silencio los ruidos de aquellos instrumentos. ¡Ah!, el ruido sordo del martillo golpeando una cabeza humana... Parecía que estábamos en un taller del purgatorio.

Una vez arrancada la bóveda craneana, aparecieron los sesos en una especie de tela fibrosa. Berneval, levantando con la mano izquierda la masa de cerebro, cortaba con la mano derecha los nervios y la médula que la unían todavía al cráneo. El ayudante del operador se preparó para cubrir con una sábana la cabeza abierta. Fui a llamar a John, por orden de Berneval.

Entró, parecía medio dormido.

El cirujano tenía el cerebro informe de Mrs. Mac Corjeag en el cuenco de sus manos.

—Si has visto alguna vez unos sesos de cordero en la carnicería —dijo a nuestro amigo, a guisa de preámbulo—, encontrarás poca diferencia en cuanto al aspecto. Pero acércate, tócalo.

John avanzó un paso, pero mantuvo las manos a la espalda. Berneval echó entonces la masa cerebral en un frasco de agua con formol, donde recuperó su forma normal.

La mirada de Mac Corjeag parecía tranquila y —hecho extraordinario— ¡sus ojos eran casi claros! Yo sólo los había visto así ante las cosas a las que concedía poco interés.

—¿No hay más que esto? —dijo simplemente.

—¿Qué quieres decir? Supongo que conoces suficientemente la anatomía para saber lo que contiene la cavidad craneana.

»De todas formas, ven a comprobarlo.

El doctor corrió un poco el paño que ocultaba la cabeza del cadáver y mandó a John que se acercara al agujero sanguinolento que ya no contenía sino restos de nervios, de piel y de sangre, sangre que desprendía un olor acre.

—Mira, siente, toca, haz el favor de tocar, hunde la mano en esta cavidad humana, busca, encuentra. ¡Ah!, encuentra y muéstrame lo que queda del amor y del odio, lo que te han dicho unos ojos y una boca. ¿Cómo? Retrocedes de espanto, de asco, quizá, cuando se trata de acercarte a la que amas... Repites delante de esta sangre coagulada, de esta carne que se descompone: «¿No hay más que esto...?». ¡Sí esto, esto! Hoy podredumbre, mañana polvo. Sí, esto, esto... por quien los hombres viven y mueren, tienen genio, gloria, y se vuelven locos.

John se tambaleó, respiró profundamente para no perder el conocimiento y se dejó conducir a la habitación contigua.

Durante mucho rato, permaneció con la cabeza entre las manos, junto a mí que me esforzaba por distraerle con una voz que debía sonar falsa.

—No había más que eso —repetía ahogándose—, no había más que eso, y con eso hubiera vivido, eso es lo que hubiera amado... ¡hasta la locura! ¡Oh!, desesperanza de las desesperanzas... Ves ahí a Margaret muerta, pero ella jamás estuvo nada más que muerta... Su vida era un simulacro, como la tuya y la mía. Todos estamos gobernados por la muerte, todos somos juguetes de la muerte, todos estamos marcados con su sello, y cada uno de nuestros pensamientos, cada uno de nuestros actos está marcado con su sello. Es la muerte la que impide a dos seres que se aman que tengan pleno conocimiento de sí mismos, mientras que, suprema ironía, ¡les presta el conocimiento! Pero cuando nos ha visto intentar conocernos en vano, nos retira lo que nos ha prestado, y nos separa para siempre en la nada. La muerte, la amante de Dios. La muerte, más amada por Dios que la vida... No había más que eso... Entonces, ¿por qué el hombre tiene el sentido de la eternidad si no es eterno?

—No sólo había eso —dije—; había otra cosa, pero ese algo pertenece a Dios y el hombre no puede alcanzarlo. El que lo intenta se expone a perder su última ilusión, el que se somete la conserva.

Mac Corjeag, que sin embargo había parecido escucharme, me preguntó:

—Pero ¿dónde está entonces el alma de mi mujer, tú me lo dirás, Norbert? No la

encuentro en ninguna parte. Comprendo que haya abandonado esta habitación, pero no comprendo que esté en otra parte que no sea esta habitación. No me cuentes que está en el cielo; no quiero oír esas pamplinas para niños. La ventana estaba abierta, es verdad, pero Margaret no tenía ninguna obligación de salir. Aun admitiendo que haya tenido ganas de salir, al contacto con esta noche fría y ventosa, hubiera vuelto inmediatamente aquí. Pero ¿por qué iba a tener ganas de salir? Tú has visto claramente que me amaba... Dejé que le cogiera la mano. Y después, y después, no te lo he dicho... sus labios se movieron cuando yo tenía mi boca contra la suya. ¡Ella, ella me dio un beso!

A Mac Corjeag le castañeteaban los dientes. Le puse un gabán sobre los hombros, y suavemente le repetí:

—Amigo, no se debe intentar tan desesperadamente esclarecer ciertos misterios que no nos pertenecen. Si Dios te ha quitado a tu mujer, es que tenía algún designio para ella, y añadiré algo más: para ti, al imponerte este sacrificio.

—¡Me ha quitado a mi mujer! ¡Me ha quitado a mi mujer! Pero no hay Dios, Norbert, el cielo está vacío y siempre lo ha estado. He sido demasiado ingenuo para creer durante años en el Ser supremo. ¡Dios es el hombre!

Se rió sarcásticamente:

—Entonces, tú también formas parte de esos innumerables idiotas que tienden los brazos a lo inexistente, luchan y sufren a lo largo de toda su vida y mueren abrazando el vacío...

John se había levantado. Creí que su intención era volver junto al cuerpo de su mujer. Le adelanté para asegurarme de que el rostro de la muerta había sido reconstituido mediante hábiles costuras y lavado cuidadosamente. Luego volví sobre mis pasos. John se había arrodillado junto a la ventana y suplicaba en voz alta:

—¡Dios mío, devuélvemela, Dios mío, ten piedad!

Aquella sumisión por su parte al Todopoderoso, aquel abandono de lo que en él hacía el hombre a lo que hace Dios, eran algo terriblemente desgarrador. Retrocedí a mi pesar.

Mi amigo permaneció mucho rato rezando y, viéndole así inmóvil en aquella actitud, con aquella expresión extraordinaria que parecía haber sido esculpida en su rostro por algún maestro del cincel, me pregunté con angustia si, milagrosamente, su materia carnal no se transformaría en piedra y se quedaría allí, ante aquella ventana, para siempre, con, en sus ojos dilatados, su boca torcida y los pliegues de su frente, todo su dolor y su espanto, nuestro dolor y nuestro espanto eternos...

Pero John se levantó.

Me costó mucho llevarle a su habitación en el piso superior de la casa, para obligarle a acostarse. Le noté muy febril. Berneval me convenció de que no se trataba sino de las consecuencias de un gran choc emocional, y encargó a miss Push que le administrara un soporífero.

Cuando abandonamos Morton Castle, John parecía calmado. Nos hizo un saludo

amistoso con la mano, que significaba: «Id en paz, la crisis se me ha pasado». A pesar de todo, me prometí volver a verle al día siguiente por la mañana. El profesor Berneval, reclamado por sus ocupaciones, se iba a Londres esa misma noche.

Volví al castillo a las tres de la mañana. Me había despertado sobresaltado y una idea imprecisa me empujó, como un presentimiento.

Como la verja estaba cerrada y no quería molestar a los criados en el caso de que me hubiera equivocado, escalé el muro en un lugar en que las piedras desunidas formaban escalones y salté al jardín. Me dirigí hacia la casa y, al ver que todas las luces habían sido apagadas, lamentaba ya haberme molestado inútilmente, cuando creí oír que alguien caminaba por la avenida paralela a la que yo había tomado. Me detuve a escuchar... Mi duda se transformó en certeza: alguien caminaba no lejos de mí y no parecía interesarse por mi intrusión. Inmediatamente pensé: «Es Mac Corjeag, llego justo a tiempo para hacerle compañía, porque evidentemente no puede dormir». Era él, en efecto. Le grité:

—¡Vengo a pasear contigo!

Al oír estas palabras se acercó rápidamente a mí y me dijo con voz ardiente, mientras trataba de abrazarme:

—¡Al fin tú! Dulce... amada mía... Abrázate a mí y no vuelvas a escaparte.

Entonces me di cuenta de que mi pobre amigo estaba desnudo, henchido de pasión, y que no me reconocía.

¡Ah!, sus ojos...

El que había sondeado tantas veces el misterio de las expresiones, ¡qué hubiera dicho si hubiera podido ver la suya en ese momento!

Una claridad fija, de noche, sobre un mar embravecido, evoca débilmente la visión que tuve de su mirada.

—Soy Norbert, mírame —dije intentando soltarme de sus brazos.

—No, soy tu John, querida mía, tu John que te adora...

—Entonces volvamos a casa —contesté, conduciéndole insensiblemente.

—¿A casa? ¡Sí, mi guisante de olor!

Al llegar a lo alto de la escalinata con él, golpeé fuertemente la gruesa aldaba de la puerta principal para despertar a Johnson.

Bajó y vio inmediatamente de lo que se trataba. Me ayudó a meter a Mac Corjeag en la cama. Le pusimos una camisa y le hicimos tragar una fuerte dosis de adormidera. Se adormeció y despedí al viejo sirviente, prometiéndole que le llamaría en caso de necesidad.

John durmió el resto de la noche. Se despertó cuando el reloj dio las ocho. Primero se volvió en la cama, refunfuñó, y luego se sentó con la mirada vaga. Pero al menos era una mirada, algo que le asimilaba a nuestro mundo y yo me sentí aliviado.

—Buenos días, amigo, no me oíste llamar —dije acercándome a su lecho.

Volvió la cabeza hacia mí, sin sobresaltarse, sin que un solo músculo de su cara se moviera y me miró como sin comprender. En ese momento, Johnson entró seguido del médico. Les ordené que permanecieran junto a la puerta y que esperaran en silencio.

—¿Has dormido bien? —repetí.

—Dormido bien... dormido bien... —repitió a su vez, con una voz cantarina que iba in crescendo.

—Soy Norbert —seguí diciendo.

—Norbert... Ñor... bert —cantó de nuevo.

Se me partía el corazón, pero no quería perder las esperanzas de arrancar a John de la locura, esa hija nacida de la cohabitación de la vida con la muerte.

—El señor está triste y sin embargo «él» está tan bien como antaño —pronunció Johnson.

—Cállate, imbécil —grité con rabia.

En ese preciso minuto, Mac Corjeag sacó los pies de la cama y se quedó sentado. Hice nuevos esfuerzos, inventé nuevas palabras, y para que me entendiera mejor le agité amistosamente el brazo. John tuvo un rasgo de lucidez que me encantó como la más tierna sonrisa de una mujer.

—Hola, Norb, eres madrugador.

—Como siempre, ya sabes.

(Miré triunfalmente con el rabillo del ojo a Johnson y el médico, que seguían inmóviles).

—¿Sabes que Margaret está muerta? —siguió diciendo, lo que me desconcertó.

—Sí, mi pobre John...

—¿Pobre? ¿Por qué pobre? Tengo la misma amante que Dios. Se la he robado, es para mí solo. ¡Ah!, ahora has sido castigado, gran castrado, celoso de la felicidad de los hombres, que les quitas a sus amantes y ni siquiera puedes causarles placer.

—¡Diablo! —exclamé, sin querer.

—¿De qué diablo hablas? La muerte... la muerta, es ella mi dulce amiga, mi querida amante. Te digo que se la he robado a Dios. Ninguno de vosotros ha poseído a semejante mujer.

—¿Y te acuestas con ella? —dije, reprimiendo las ganas de reír, que podían ser también ganas de llorar.

—Hago el amor. El amor... ¡qué maravilla...! Ella tenía los muslos fríos, pero tan suaves al tacto...

—Eres un cerdo.

—¿Acaso tú no gozas de tu mujer, Norbert? ¿Acaso el Creador no gozó al crear el mundo...? ¿Qué mal hay en ello? ¡Ah!, quiero seguir gozando... Mira qué bello y grande y poderoso es mi sexo. El de Dios jamás ha sido ni más bello ni más fuerte. Como él, puedo crear hombres, mujeres, animales para repoblar la tierra.

—Mientras tanto, amigo, escóndelo.

—¿Por qué esconderlo? Es un instrumento maravilloso, la llave de la Eternidad.

»¡Ah!, hijos míos, criaturas de vida y de muerte —que no vivirán ni morirán— cómo les amaré. Tendrán ojos de oro inmóviles, como los lagos de Bluemore y bocas rígidas. Y sus cuerpos flotarán como el bejuco. ¡Ah!, miss Margaret. Las tendré pequeñas, medianas, grandes. Me rodearán como los ángeles rodean al Señor y mi reino no tendrá fin. Ja, ja, ja, ja, creo la Inmortalidad, doy a luz la Inmortalidad. Hoy, ya puedo medirme con Dios y desalojarle de su trono para sentarme en su lugar».

Apenas John había acabado su discurso cuando su criado se puso a gritar:

—Lo sospechaba, lo sospechaba. Ayer tenían que haber clavado la tapa del ataúd. Todo el tiempo él vagaba a su alrededor; naturalmente que habrá hecho indecencias. Señor... abusar de una muerta. Ni siquiera le admitirán en el infierno.

El médico, a instancias mías, decidió que Mac Corjeag permanecería en observación durante algún tiempo; luego, según el resultado obtenido, haría un viaje al Continente o se le internaría una temporada en una casa de salud.

Pero el doctor creía que la crisis aguda sería de corta duración. Se trataba solamente de conducir a Mrs. Mac Corjeag lo más pronto posible al cementerio, y hacer venir urgentemente a un enfermero especializado en enfermedades mentales.

John, cuando empezó a hablar casi correctamente, no pareció darse cuenta de la desaparición de su mujer, o bien, si se dio cuenta, encontró natural que la muerta estuviera con los muertos.

Me fui a Londres, donde me esperaban ciertos asuntos, y un mes más tarde recibí una carta del médico de Goldloch en la que me decía que, como el enfermo había recuperado su estado normal, consideraba inútil, si no perjudicial, conservar más tiempo un enfermero a su lado, pero que en cambio mi presencia le haría mucho bien. Johnson, por su lado, me hizo saber que «como el señor se había vuelto suave como un cordero, ya no era necesario tenerlo atado como a un perro malo». Entonces el enfermero fue despedido. Pero yo no había necesitado aquellas dos cartas para comprender que mi amigo estaba, si no curado, por lo menos en vías de curación. Él mismo me había escrito, de la forma más sencilla y afectuosa, diciéndome lo agradecido que estaba por lo que había hecho por él y lo feliz que sería si me viera volver pronto a Goldloch si podía. Le contesté que iría sin tardanza a buscarle para llevarle a mi casa, a Francia, durante algún tiempo. Cumplí mi palabra ocho días más tarde, y me quedé un poco sorprendido de no encontrar a nadie en la estación pues había anunciado mi llegada. «No les habrán avisado a tiempo», pensé. A pesar de todo me dirigí directamente a Morton Castle, sin dejar mi maleta en el hotel.

Eran las seis de la mañana y la puerta del jardín ya estaba abierta. Hice aquella constatación no sin inquietud.

En el umbral de la casa encontré a Johnson desaforado, rodeado de los demás criados y de dos hombres con chaqué negro, uno de los cuales, estaba claro, representaba la Medicina y el otro la Ley.

Fui inmediatamente arrastrado al despacho de Mac Corjeag por el viejo criado

que no dejaba de repetir con gestos desmedidos:

—¡Dios nos maldice, Dios maldice Morton Castle!

Los criados, el médico, el hombre de leyes nos siguieron y pudieron ver, como yo, a Mac Corjeag tendido en el suelo, fulminado por la muerte. Tenía la cabeza bañada en su propia sangre y el horror de su gesto superaba todo lo que la imaginación puede concebir. En el fondo de sus órbitas violáceas, sus ojos negros seguían brillando.

Cada uno de nosotros tenía un apretado nudo en la garganta.

Johnson cubrió el cuerpo con un viejo paño agujereado y, colocándose junto a su amo, como si hubiera querido tomarle por testigo de que todo lo que iba a decir sería conforme a la verdad, se dirigió a nosotros en estos términos:

—Desde la marcha del señor Jup, el enfermero, me acuesto en su habitación, que comunica con la del señor. Anoche oigo crujir una puerta en la planta baja y voy a cerrarla para que mi amo pueda dormir tranquilamente. Resulta que mientras bajo la escalera, me siento raro: un fuerte dolor de cabeza y empiezo a sangrar por la nariz. No es nada, sigo bajando. «Cualquiera diría que me han dado un golpe», y ¡paf!, me desplomo sobre la alfombra del último peldaño. Cuando recobro el sentido, oigo o más bien creo imaginar oír, pues me parecía absolutamente inverosímil, una voz quejumbrosa que viene de la habitación donde había permanecido nuestra muerta antes de ser llevada a la tumba. Me pongo de pie y escucho atentamente. Sigo oyendo la misma voz... El espanto me hace subir la escalera, pero no quiero, yo que he servido a mis amos doce años sin haber recibido de ellos un solo reproche, exponerme a ser tratado de cobarde. Entonces vuelvo a bajar y escucho de nuevo... Sin ninguna duda, ¡es la voz del señor! Capto las siguientes palabras: «Margaret, me lo estás diciendo, ¿verdad? Tu alma no estaba en tu cuerpo, es tu cuerpo el que está en tu alma. Y no obtendré tu alma hasta que tu carne se haya podrido hasta la última partícula... Entonces quiero conservarte... Tomad, tomad sucios gusanos (varios taconazos retumbaron en ese momento en el suelo). Quiero conservarte, Margaret, nos esconderemos los dos en el gabinete negro y te pudrirás en mis brazos. Pero por qué hay tantos parásitos sobre ti... ¡Ah!, ¡parásitos!, ¡parásitos!». Y de nuevo retumbaron los taconazos, pero esta vez mucho más furiosos.

»Un sudor helado empapó mi cuerpo y me quedé como paralizado. Por fin iba a actuar cuando, al andar, di un paso en falso y tropecé con una consola. El ruido atrajo la atención del señor. Sin ignorar a lo que me exponía, me precipité al despacho donde había colocado, la víspera, el revólver que ustedes me habían confiado, decidido sin embargo a utilizarlo solamente en un caso extremo. Había llegado el momento: el señor, que me había seguido en la oscuridad, saltó sobre mí, echando fuego por los ojos. Luchamos. Ya había peleado antes cuerpo a cuerpo con el señor para defender a la señora, pero yo era diez años más joven, y el señor no era tan fuerte. Esta vez, sintiendo que iba a llevar la peor parte, apreté el gatillo de la pistola, y Dios me maldiga, ¡maté a mi amo de un balazo en la mandíbula...!».

Johnson apenas había terminado, y todos estábamos sumidos en las palabras que acababa de pronunciar, cuando el ruido de la grava al ser pisada nos hizo mirar al exterior.

Un niño de diez o doce años, con uniforme de colegial y llevando una maleta en la mano, caminaba por el jardín y avanzaba hacia la escalinata...

Estábamos estupefactos.

—Qué puede venir a hacer aquí ese muchacho —dije—, sin duda se equivoca...

Al oír estas palabras, Johnson, que era el único que no había levantado la cabeza, se abalanzó hacia la ventana, retrocedió, y se puso a temblar de arriba abajo, como un viejo árbol seco.

—El niño —articuló.

—¡Oh, Señor! —exclamó Ada, la cocinera.

—¡Oh, Señor! —repitió Flossie, el ama de llaves—, ¡cómo es posible! ¡Cómo es posible!

—Hágale entrar en el comedor mientras Ada le prepara el desayuno —dijo por fin Johnson a Flossie—, y dígame que es muy temprano todavía, y que, que... no debe molestar a su mamá.

La aldaba se agitó e inmediatamente después, Flossie abrió y la voz clara del pequeño sonó en el vestíbulo:

—Soy Jacky Mac Corjeag. No me esperaban, pero yo he esperado a Johnson en vano. ¿Qué ocurre? Cuando recibí la carta de mi madre invitándome a venir, el director le contestó que como estaba enfermo, con fiebre, no podía desplazarme, pero que su visita o la de Johnson me llenarían de felicidad. Añadí una nota a aquella carta: ¿Por qué nadie ha venido? ¿Mamá está mala? ¡Quiero verla ahora mismo!

—Naturalmente, señorito Jacky, pero haga el favor de esperar un momentito. Todavía es muy temprano y su mamá descansa. Venga a desayunar mientras tanto —propuso el ama de llaves, cuya turbación adivinábamos.

El niño la siguió, sin hacer objeción alguna, al comedor.

—¿Por qué no me han dicho nada, Johnson? —exclamé con un hondo reproche—, es grave, muy grave, habérmelo ocultado, ¿se da cuenta?

El viejo sirviente levantó entonces la cabeza con dignidad y me contestó con voz firme:

—Si no le he dicho nada a usted, es porque no debía decirle nada. Mi señora me hizo prometer que jamás hablaría del señorito Jacky a nadie, con el fin de que el señor ignorara su existencia, y naturalmente mucho menos a uno de sus amigos...

—Está muy bien cumplir las promesas, pero en fin, ¡en estas circunstancias! Y además, ¿con qué contaba usted para pagar la pensión del pequeño?

—Con mis ahorros, señor. No se reniega de una promesa por una cuestión de dinero.

—Eso le honra, pero usted comprenderá, amigo Johnson, que nos importa obtener

algunos pormenores acerca de este niño, y de las relaciones que podía tener con su madre. El señorito Jacky asegura que Mrs. Mac Corjeag le ha escrito para pedirle que viniera. ¿Mrs. Mac Corjeag le escribía a menudo?

—La señora escribía a su hijo dos o tres veces al año, pero la tarde de su muerte, después de que usted se fue y antes de la llegada del señor, la señora me mandó llamar, me dio una carta y me preguntó:

»—¿Le ha dicho usted a su amo que su hijo no existía, Johnson?

»Le contesté que efectivamente, para servirla, había mentido.

»—Qué importa —dijo la señora—, si llega el caso, yo me haré responsable.

»No comprendí a dónde quería ir a parar la señora, pero como soy un criado, no hice preguntas. Cogí la carta y me dirigí hacia la puerta.

»—¡Johnson! —gritó entonces la señora, y bajando la voz—: Sigo contando con su discreción; que nadie sepa a quién escribo.

»—¿Acaso la señora no sabe que puede contar siempre con su devoto servidor...?

»—Discúlpeme, me duele la cabeza, me siento mal... ¡Ay!, ¿sabe? Me voy a morir... Vaya depris, Johnson.

»Me fui, dejando a mi ama con la enfermera que entraba. Estaba muy afligido. Normalmente la señora era más amable conmigo y, tras diez años de honrarme con su mayor secreto, era la primera vez que mostraba recelo al hablarme. Evidentemente no quería que me enterase de su intento de reconciliación con el señor y su proyecto de llamar al niño con este fin, a menos que fuera con la intención de abrazarle antes de morir. La señora sabía que yo sería muy escéptico respecto a aquella reconciliación. Ella no tenía que recibir consejos de su viejo criado, pero tras haberle confiado, por decirlo así, la vida de su hijo, después de haberla salvado incluso a ella de la muerte, no le trataba totalmente como a un extraño. Volviendo al señorito Jacky, como ninguna carta suya o del director que contestara a la carta de la señora llegó aquí, y como él mismo no vino, pensé que me había equivocado y que la señora había escrito a su hijo sin decirle nada importante».

—¿No se le ocurrió la idea de que quizá su amo se había apoderado de la carta?

—También pensé en eso, efectivamente, pero me dije que si el señor tenía la carta, no hubiera podido evitar preguntarme o por lo menos ir a ver a su hijo a Ormond's College. Pero el señor no se ausentó de Goldloch sino para ir a Edimburgo. Estoy completamente seguro de eso: me trajo un par de zapatos de allí.

—¿Se puede estar seguro de algo, Johnson...? Al menos, ya que no podemos saber si el padre vio al niño, ¿la madre le veía?

—La madre, cuando estuvo en condiciones de ver a aquel bebé que había venido al mundo, sabe Dios por qué milagro, tres meses después del internamiento de sir Mac Corjeag, se desvaneció. Cuando hubo recuperado el conocimiento, recibí de ella la siguiente orden:

»—Johnson, ocúpese de buscar una nodriza para el niño, y que yo no le vuelva a ver. Es su padre “en persona”. ¡No puedo soportar su mirada de bebé, no, no puedo!

»Una violenta fiebre se apoderó de la señora, y los médicos perdieron las esperanzas de salvarla.

»Yo me ocupé del pequeño Jacky. Cuando ya no estuvo en edad de permanecer entre las manos de institutrices y ayas, le mandé a un colegio de Lancashire cuya elección había hecho la señora, y adonde fui yo mismo a llevarle. Durante las vacaciones escolares, el director de aquel centro de educación, un hombre de generoso corazón, que estaba al corriente de la situación familiar del pequeño, le llevaba con sus propios hijos, unas veces al borde del mar, otras a la montaña.

»La señora, aquejada de una enfermedad nerviosa, viajaba. Ya sólo podía vivir cambiando continuamente de lugar. A veces la creía en París y estaba en Nápoles. La creía en Nápoles y estaba en Amsterdam.

»Le aseguré en numerosas ocasiones que el señorito Jack era muy equilibrado y que además no se parecía nada a su padre, físicamente por lo menos. La señora jamás quiso escucharme. Veía, a través de las distintas imágenes del niño, la imagen única del padre.

»Como le dije antes, la señora escribía a su hijo, con bastante escasa frecuencia, una carta breve a la que él siempre contestaba preguntando: “Madre, ¿cuándo volverás de tus largos viajes?”. Yo había contado al encantador pequeño que sus padres viajaban lejos, muy lejos, y que él solamente les vería cuando fuera mayor y hubiera acabado sus estudios. Pero si Jacky hablaba mucho de su “mami”, no se preocupaba en absoluto por su “papi”, como si sólo su madre hubiera tenido interés para él. Yo iba a ver a menudo al señorito Jacky al colegio y le llevaba golosinas. Me decía y me dice todavía: “Mi Johnson querido”, como podría decir: “Mi abuelo querido”, y siempre me da un vuelco el corazón.

»A estas horas, debe haber terminado su plato de *porridge*, y no podemos hacerle esperar más tiempo. ¡Dios mío, ayúdanos!».

—Yo creo, mi buen Johnson —dijo el doctor—, que sería fatídico revelar la cruel verdad a Jacky. Lo más acertado en mi opinión sería alejarle inmediatamente de aquí, con un pretexto que usted sabrá encontrar mejor que ninguno de nosotros, conociendo al niño.

—Escuchen —dije a mi vez—, ¿no se podría anunciar al pequeño que han llamado repentinamente a su madre al extranjero, pero que, para consolarle, ha encargado a uno de sus amigos que le lleve a él también a un precioso viaje? Yo llevaría al niño conmigo, a mi casa. La cuestión del regreso es fácil de resolver: Johnson iría a buscar a Tacky a Calais, a donde yo le conduciría. Estoy convencido de que ir a Francia le apetecerá, es el sueño de todo colegial. Mientras tanto, voy a acompañarle a casa de una exquisita dama anciana que conozco y que vive en Inverness.

Mi proyecto les pareció bueno. Jacky, cuando Johnson le hubo comunicado que su madre se había ido, pero que un señor se proponía llevarle a Francia, no derramó ni una lágrima, pero se puso muy colorado, luego muy pálido, y solamente preguntó

si «no era el señor que había encontrado en el bosque próximo al colegio y que le había asustado tanto que casi se pone enfermo cuando le miró con su horrible cara y sus ojos fijos que parecían contener fuego».

Aquella revelación nos turbó mucho a todos, sobre todo cuando unos minutos más tarde el cartero de la zona, interrogado por el jurista, confesó haber entregado una carta a sir Mac Corjeag tres días después de la muerte de su esposa. Pero hicimos lo que pudimos por ocultar nuestra turbación al niño y nos esforzamos por el contrario en tranquilizarle diciéndole que su guía sería yo en persona, y no el malvado señor que seguramente había visto en una pesadilla.

Tras dejar al pobre niño en manos seguras y caritativas en Edimburgo, volví a la mansión de la desdicha.

El permiso de inhumar había sido concedido sin demasiadas dificultades, y al día siguiente, un poco antes de la caída de la noche, Johnson y yo, con la ayuda de un enterrador, llevamos a Margaret primero, luego a John, a la fosa que había sido cavada para ellos en el cementerio de Goldloch.

El pequeño cementerio era tan tranquilo, tan ingenuamente sencillo, que me pregunté cómo mis dos muertos podrían adaptarse a él. A cada paletada de tierra que el enterrador echaba sobre los ataúdes, yo esperaba oír a John gritar su disgusto con una voz que en el silencio circundante repercutiría de colina en colina y haría huir a los pájaros. Pero es raro que los muertos se quejen mediante un grito o incluso mediante un suspiro y cuando las cajas de roble hubieron desaparecido enteramente bajo tierra, Johnson y el enterrador se hubieron ido y el silencio hubo recuperado sus derechos, comprendí lo que significa «ya no ser».

Aquel silencio, en el instante en que descubrí que era el único ser vivo del cementerio, me envolvió en una especie de nube que me hizo casi insensible; luego me penetró como una lluvia ensordecidándome completamente; finalmente me aterrorizó, y su fuerza era tal que no conseguía levantarme del suelo donde había caído de rodillas. Claramente era el silencio de la nada, en mi vida había conocido nada semejante. Había necesitado, para ello, ir a enterrar a mis amigos a ese viejo cementerio perdido en un rincón de las Highlands.

Una vez terminado aquel día memorable, volví junto al pequeño Jacky.

En el tren que nos conducía a Dover, pude contemplar al niño a mis anchas.

Sus rasgos delicados, que eran los de su madre, sus cabellos rizados cuyo color era una maravillosa mezcla de los cabellos negros de Mac Corjeag y los cabellos rubios de Margaret, y sobre todo sus cándidos ojos —que parecían negros o azules según se les mirara de frente o de perfil— hacían que pareciera un querubín.

¡Cómo compadecía a aquel querubín abandonado! Me preguntaba por qué injusticia, por qué concurso de circunstancias trágicas, la parte de amor a la que todo niño tiene derecho al nacer le había sido arrebatada. Mi deseo de integrarle en mi familia era grande, pero pensé que a aquel joven ser no tenía derecho a quitarle lo único que le quedaba y que es casi tan importante como el padre y la madre en la vida

de un hombre: ¡su Patria! Jacky pareció adivinar mi pensamiento:

—¿Por qué papá y mamá no se quedan en su país en lugar de estar siempre viajando? —suspiró.

—Porque son dos desdichados —dejé que se me escapara a mi pesar, temiendo ser interrogado de nuevo. Entonces el niño me dio esta sorprendente respuesta—: ¡Ay!, Señor, si yo hubiera podido abrazarles una vez, sólo una vez... no se hubieran ido, no se hubieran ido jamás, lo sé... ¡y no hubieran sido desdichados!

Mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, no sé por qué me vinieron estas palabras de Jesús:

«Alabado seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado muchas cosas a los sabios y a los inteligentes, y se lo has revelado a los niños».

Capítulo X

LO que me decidió a ir desde Francia a Escocia, a una edad en la que generalmente a un francés no le gusta nada desplazarse y romper con las pequeñas costumbres tan dulces en la vejez, no es el deseo de volver a ver los lugares donde pasé años dichosos de mi vida: he abolido los recuerdos, con el fin de acabar mis días en paz.

Tomé esta decisión, que sorprendió a mis amigos, por la iniciativa de una muchacha de ojos de terciopelo violeta, boquita en forma de corazón, rubios y preciosos cabellos y acariciadora voz...

No sonriáis: se trata de mi nieta, una huérfana.

—Abuelo, me gustaría muchísimo conocer Inglaterra y sobre todo Escocia. Y además eso me permitiría perfeccionarme en la lengua inglesa —me decía a cada paso, abrazándome cada vez.

Este último argumento por sí solo me convenció. Nos pusimos en camino.

Hacía exactamente treinta y ocho años que no había cruzado la Mancha, treinta y ocho años que mi amigo John Mac Corjeag había muerto, así como su mujer, dejando prácticamente solo en el mundo a un hijo de diez años.

El niño, como sabéis, había tenido mi total dedicación, y aunque prosiguió sus estudios en Inglaterra y yo vivía en Francia, me ocupé de él lo mejor que pude hasta su prematuro matrimonio y su marcha a América, que tuvieron lugar el mismo día.

Jacky Mac Corjeag no se había casado con una mujer de su condición, y al principio lamenté aquel mal casamiento que él iba a esconder tan lejos. Pero al reflexionar sobre ello, me dije que en la alta sociedad escocesa y londinense donde su padre había armado tanto alboroto con su locura, que había durado mucho tiempo, con su curación de demasiado corta duración y su muerte dramática, ninguna muchacha bien nacida hubiera querido al hijo de un alienado por esposo. La decisión de Jacky, a partir de ese día, me pareció más razonable. Y cuando me escribió que su mujer le había dado un hijo, me alegré sinceramente. Después, aquel marido llegó al colmo de la felicidad: durante ocho años, cada año o casi, recibió el mismo regalo.

¡Cómo sentí que sus hijos estuvieran al otro lado del Atlántico! Me hubiera gustado mucho hacer un viaje a Gran Bretaña con el fin de verles. Es verdad que poseía la fotografía de cuatro de ellos, pero como había sido amigo de su abuelo, hubiera preferido mucho más tenerles en mis rodillas, aunque no pareciesen tener semejanza con él.

En cuanto a su padre, había podido constatar que no había heredado nada ni física ni moralmente de John Mac Corjeag. ¡Y eso siempre me había desconcertado!

Que un hombre que resaltaba tanto hubiera podido concebir a un hombre tan impreciso, que de un amor tan intenso, de una inteligencia tan atormentada hubiera

podido resultar un ser de corazón frío y alma tranquila, nunca lo he comprendido.

Lo que nunca he comprendido, tampoco, es que Jack Mac Corjeag no diera muestras de más curiosidad respecto a sus padres. Es verdad que por así decirlo no les había conocido. Sin embargo, es raro que un huérfano al llegar a la adolescencia no tome el más vivo interés por lo que fueron su padre y su madre, y especialmente por lo que fue aquel cuyo apellido lleva; es raro que no se esfuerce por sacar de las cenizas del olvido aquellos a los que debe la vida, y que no interrogue a las personas que les conocieron y sobre todo que les amaron...

¿Se había enterado Jack por boca de uno de esos seres viles y rastreros que encuentran placer en propagar el mal y la desgracia de lo que yo me reservaba para decirle lo más tarde posible? En cualquier caso jamás, ni siquiera cuando estuvo a punto de casarse y tuve la certeza de que lo sabía, hizo alusión al internamiento de su padre o al abandono de su madre —cosa que sin duda le había hecho sufrir mucho—. ¿Era delicadeza, pudor, vergüenza...? El niño de los sorprendentes ojos verdes, tan enigmáticos como los de su madre, jamás me dejó penetrar en el fondo de su pensamiento...

Mi nieta y yo nos acercábamos a Londres, y me parecía que iba a encontrar a mi difunto amigo allí, ¡pero vivo!

Me guardé de decírselo a mi encantadora compañera de viaje (desde hacía un rato debía parecerle algo huraño), pues se hubiera burlado de mí y con toda la razón del mundo.

Sin embargo, cuanto más avanzábamos, más crecía mi convicción.

Querido y desdichado viejo amigo, porque todo en él era ilimitado... En resumen: le volvería a ver, le oiría de nuevo, pondría mi brazo alrededor de su cuello, como antaño cuando caminábamos uno al lado del otro por la noche, hablando y pensando.

Sin embargo, yo no era lo bastante débil como para dejarme influir por la leyenda creada al día siguiente de su muerte y que mi memoria se ingeniaba en recrear para mí, sin duda con el fin de resultarme agradable...

Al parecer, había ocurrido así:

La noche que había seguido al entierro de John Mac Corjeag, un cazador rezagado, al volver a su casa, había cogido el sendero que bordea el muro del cementerio de Goldloch.

Iba silbando una melodía de Rock Mountains, cuando un ruido sospechoso paralizó la canción en sus labios.

Oyó una especie de rugido terrible, acompañado de golpes a los que sucedió un lamento ahogado. «Un borracho está pegando a su mujer», se dijo, y miró a su alrededor. Por un lado estaba la landa que precedía al bosque que acababa de abandonar, por el otro el recinto de los muertos. El ruido, sin lugar a dudas, procedía de allí... ¿Era la voz de un hombre, de una mujer? ¿De un animal? El cazador dudaba. En cualquier caso era una voz que no deseaba que nadie oyera. El corazón le saltaba en el pecho y le incitaba a huir. Sin embargo el cazador, tras dejar el fusil y

trepar a lo alto del muro, recorrió el cementerio con la mirada. Como seguía sin ver nada y el ruido no había cesado, recuperó su arma y penetró en el campo de los muertos. Se acordó de que John Mac Corjeag había sido enterrado allí aquella misma noche, y sólo de pensar en ese loco que estaba tan cerca de él en la sombra, no pudo dar un paso más hacia la tumba recién cubierta. La voz que había parecido alejarse se acercaba. Además, estaba seguro de haber visto una silueta a horcajadas en el muro, que acababa de saltar al exterior del cementerio...

El cazador no se movió. Ya había hecho que se advirtiera bastante su presencia. Estaba aterrorizado ante la idea de salir del recinto, y estaba aterrorizado también ante la idea de estar solo a esa hora entre los muertos. Al cabo de un momento, se decidió y empezó a andar con paso firme, aunque sin correr. No era de los que se desprenden de su dignidad cuando no están al alcance de las burlas de sus semejantes. Sin volverse, caminó en línea recta hasta el pueblo.

Después de muchas vacilaciones, se confió a su esposa, que, inmediatamente, le respondió:

—Hay que avisar al enterrador; ¡y si Mac Corjeag hubiese sido enterrado vivo, y si pretendiera ensañarse con su mujer!

El enterrador fue avisado. Consideró a la pareja «soñadores despiertos», y continuó su interrumpido sueño.

A la mañana siguiente y durante todo el día, los curiosos que fueron al cementerio no oyeron otra cosa que la voz del viento entre los árboles y el grito de un pájaro, algunos permanecieron hasta la caída de la noche y no se quedaron más satisfechos. El cazador fue el blanco de la mofa general. Pero al otro día, ante el estupor de todo Goldloch, se supo que una lavandera había sido estrangulada en el bosque cerca del cementerio. No era una noticia falsa: todos vieron el cadáver. La gente se perdió en conjeturas sobre el autor del crimen, pues Goldloch podía vanagloriarse de haber tenido siempre personas honradas en sus colinas y sus valles.

Dos días más tarde, una nueva víctima, un hombre esta vez, fue encontrada en el mismo bosque, con la cabeza aplastada por una enorme piedra. El pueblo llegó a la conclusión de que el asesino era el loco, y nadie volvió a aventurarse por el bosque ni de día ni de noche, sabia medida pues ningún otro crimen fue descubierto.

Para los nuevos muertos, pusieron incluso los cimientos de un nuevo cementerio, pues el otro empezaba a ser demasiado exiguo. Por lo menos es la razón que dio el pastor, e inmediatamente hubo muchas aportaciones económicas. Nadie tenía ganas de tener por última morada el recinto frecuentado por el loco. Ya a la muerte de Mrs. Alice Mac Corjeag, su madre, había salido a colación el cambio, porque los Mac Corjeag tenían decididamente una forma chocante de morir: Alice, tirándose al lago negro de Goldloch, sin ni siquiera dejar unas letras para explicar su acto; Jeremy, su marido, el pastor, predicando el sermón del domingo; Alen, su suegro, recitando versos sobre la tumba de su mujer fallecida treinta años antes, sin hablar de Walter, el tatarabuelo, al que los ancianos del pueblo recordaban bien. Este había muerto —oh

colmo de las inconveniencias— haciendo el amor. Todos aquellos fallecidos eran fantasmas tan perjudiciales para el reposo de los demás muertos como para la tranquilidad de los vivos.

Ahora recuerdo que la aventura del cazador me llegó a París por Johnson, el viejo criado de los Mac Corjeag, ya fallecido. Pero como el anciano era tan supersticioso como todo el mundo en las Highlands, no concedí a su relato sino una relativa importancia. Sin embargo, por el hecho de rememorarle, experimenté un gran malestar. En vano me froté la frente, en vano intenté distraerme mirando a mi nieta dormida, cuya contemplación era tan encantadora. John, loco, me perseguía. Parecía que incluso había entrado en nuestro vagón. En un cierto momento, creí verle inclinado sobre mi Lucie. Ella lanzó un grito y se despertó:

—¡Abuelo, qué miedo he pasado! He soñado que un loco me perseguía; bajaba por una pendiente a toda velocidad, e iba a agarrarme cuando he abierto los ojos.

—¿Encendemos la luz? —propuse.

Pasamos el resto de la noche charlando.

Mi estancia en Londres me sentó muy bien. En mis trayectos a través de calles y museos perdí el fantasma de Mac Corjeag. Muchas de aquellas calles y de aquellos museos, los había recorrido con John, y no pude impedir que vinieran a visitar mi alma reminiscencias del pasado. Pero si pensaba en John, era como en un ser muy querido cuya pérdida lamentaba; mi pensamiento ya no tenía el carácter de una obsesión, y me reía interiormente de los temores que había conocido en el tren. Incluso me daban vergüenza...

Pasamos una semana en la capital inglesa, y varios días en otras ciudades, mientras subíamos hacia Edimburgo.

El viaje, como puede imaginarse, no dejó de maravillar a mi nieta, pero fue el campo escocés el que había de seducirla completamente.

Cuando Lucie vio las Lowlands vestidas con su atuendo otoñal, quiso ver las tierras altas y deseó vagar de pueblo en pueblo hasta los montes Grampians, de cuyo encanto sobrenatural yo le había hablado. No podía apartar los ojos de la landa cubierta de brezales de un violeta tan profundo que al principio no creyó que pudiera tratarse de simples brezales, de los lagos que le parecían llenos de oro fundido y del cielo extrañamente aborregado que declaró preferir al más bello cielo azul.

En Glentill, aldea próxima a Goldloch y situada en los alrededores del Ben Mac Dui, me dijo:

—Me parece un sueño o que tú me estás contando una historia de hadas... Pero no quisiera vivir aquí porque todo lo que podría desear sería imposible de realizar y me haría sufrir. Son regiones en las que a menudo debe ocurrir que se muera de amor...

No contesté nada. Estaba terriblemente impresionado por aquellas palabras, y por dos razones: la tragedia de los Mac Corjeag acababa de resucitar bruscamente ante mí, y el alma de mi nieta a la que creía conocer se reveló no menos bruscamente a

mis ojos, diferente de la idea que yo tenía.

Me sentí de pronto lleno de inquietud respecto a aquella niña, de una inquietud inexpresable como el cielo que nos cubría y que no sabía por qué estaba alterado. Por ello, cuando Lucie, que estaba cansada, quiso permanecer en el albergue en el que nos habíamos instalado, en lugar de ir conmigo al campo, estuve a punto de no ir para no dejarla sola. Ella insistió, y como no tenía ningún pretexto que darle para quedarme, me encaminé hacia el bosquecillo que conducía a Goldloch.

Mientras caminaba bajo los árboles medio desnudos, pisando con voluptuosidad sus crujientes esplendores, no pude evitar evocar los días tan lejanos y tan cercanos a la vez en que Mac Corjeag y yo paseábamos por allí nuestra ardiente juventud. A cada paso tenía la impresión de que me acercaba a un John de dieciocho años, al que vislumbraba a través de las ramas, con su mirada unas veces bañada en el fuego de su éxtasis secreto, y otras ardiendo en el agua negra de un abismo.

Yo seguía a aquel John, y él me conducía por el bosque encantado en dirección al viejo cementerio.

No lejos de mí crujió una rama. Mi ensoñación huyó volando a toda velocidad como una corneja asustada. Me sentí solo y aceleré el paso. Me dije que debía a nuestra amistad una visita a la tumba de mi amigo.

En la landa me crucé con dos hombres. Se callaron cuando me acerqué, después de haber dejado escapar estas palabras: «A pesar de todo, quién hubiera creído que a sir John Mac Corjeag le enterrarán vivo. Y a pesar de todo, ¡es la pura verdad!».

Sólo me sorprendí a medias de oír hablar de aquella vieja historia de hacía treinta años, pues en el campo los relatos inverosímiles resisten el paso del tiempo. Sin embargo, entré en el recinto de los muertos no sin cierto temor...

El cementerio era muy parecido a lo que era antaño. En medio de las cosas inestables, ¿no es verdad que las cosas que permanecen son profundamente conmovedoras? El paisaje, en los alrededores, era también el mismo: altas escarpaduras inhospitalarias, pequeños valles resplandecientes, y el silencio, un silencio tan real, tan denso, que parecía que se hubiera podido palpar. John tampoco debía haber cambiado... Le imaginaba, tumbado hacia un lado, como le habíamos metido en su ataúd, solamente con la piel un poco más fría, la cara un poco más petrificada en su expresión diabólica, los párpados más cerrados sobre sus ojos de fuego. No le imaginaba de otro modo.

No tuve que buscar su tumba: me dirigí derecho a ella, como si la hubiera abandonado la víspera. Pero cuál no sería mi asombro cuando vi, yaciendo a su lado, una gran masa oscura semejante de lejos a una barca despanzurrada. Como suele ocurrir, el musgo cubría casi totalmente aquellos restos, y hierbas podridas salían de sus tablas separadas. ¿Qué podía ser aquello...? El mar estaba demasiado lejos para que se le pudiera atribuir. Me acerqué más y estuve a punto de caerme de espaldas ante el espectáculo que se ofrecía a mi vista...

No se trataba de una barca, sino de un ataúd abierto. En el ataúd había un

esqueleto completamente vuelto del revés. Los brazos y las piernas estaban doblados, la espalda arqueada en el esfuerzo supremo que había hecho para intentar liberarse de la prisión de la muerte.

Durante un instante, permanecí con los ojos cerrados, sin pensamiento. Estaba medio atontado. Luego recuperé el contacto con la realidad y exclamé:

—¡Entonces era verdad...! ¡Dios mío, cómo debieron ser sus sufrimientos...!

—Nadie como yo sabe lo que ha sufrido —dijo una voz cerca de mí—, porque mis huesos son sus huesos y mi carne es lo que fue su carne. Llevo en mí su agonía...

Al volverme, ¿qué vi? Dos ojos fijos en mi persona; ¡los ojos de John Mac Corjeag...! Brillaban con su luz infernal. Todavía vuelvo a verlos en el crepúsculo, entre dos cruces, semejantes a dos bolas de carbón encendidas. Vuelvo a ver a John más vivo que yo avanzar, mientras yo retrocedía, horrorizado. Sentí que podía desmayarme de un momento a otro, y aquel pensamiento me espantaba. Farfullé:

—¡John, no me persigas, te lo ruego! Soy Norbert, tu viejo amigo de juventud. ¿No me reconoces?

Pero Mac Corjeag no me perseguía. Se había detenido en medio de la avenida en una actitud triste. Tenía la cabeza inclinada sobre el hombro, los brazos le colgaban a ambos lados del cuerpo y sus ojos parecían haberse apagado; sólo sus negros cabellos galopaban con el viento de octubre.

En cuanto a mí, había llegado a la puerta del cementerio. No razoné mi terror: había perdido la facultad de razonar. Una vez salí del recinto, me puse a correr a pesar de mi edad y de mi malestar. Tropezaba con las piedras, me ahogaba. Pero nada me hubiera detenido en mi carrera.

Lucie, al comprobar mi gesto descompuesto, me preguntó lo que me había ocurrido.

—Nada, simplemente he hecho demasiado ejercicio. ¿Él no ha venido?

Ella no comprendía.

—¿De quién hablas, abuelo?

—De nadie, de nadie. No me hagas caso, estoy muy cansado. No cenaré esta noche, pero tú baja con los demás.

Mi nieta no quiso desobedecerme, pero no estuvo ausente mucho rato.

Me informé del número de huéspedes del «Viejo Molino», y de sus cualidades.

—Sólo hay tres huéspedes en el Viejo Molino —dijo Lucie—: dos viejos cazadores que estaban muy alegres y un joven melancólico que, si se le juzga por su ropa y sobre todo por sus zapatos, es forastero en la región.

Interrogué a Lucie para disimular. Poco me importaba saber quiénes eran los huéspedes de nuestro albergue. Sólo le veía a él, allí, junto al ataúd abierto, en el cementerio encantado.

Tras despedir a mi nieta, me puse a dar vueltas por mi habitación fumando un cigarrillo detrás de otro, y murmurando: «Veamos, Norbert, ¿has soñado, sí o no...?». Aunque supiera perfectamente que no había soñado. Como no podía confiarme a

nadie, necesitaba tranquilizarme a mí mismo. Cuanto más intentaba no pensar en lo que había visto, más pensaba en ello. Las hipótesis más absurdas, las teorías más osadas del espiritismo y de la metempsícosis pasaban y volvían a pasar por mi mente.

A las dos de la mañana, seguía dando vueltas en mi alma donde tenía la sensación de estar enjaulado. Luego, vencido por el cansancio, me detuve y me senté en una butaca. En una mesa, delante de mí, se alzaba un cuenco de ponche. El sueño me apresó brutalmente, ¿sueño de la vida o sueño de la muerte? Qué importaba. Ya no tenía fuerzas para defenderme.

Volví a abrir los ojos seis horas más tarde. Era la primera vez que me ocurría dormir tanto tiempo y no acordarme de haber soñado.

Un poco más tarde, Lucie me había traído el desayuno y comía tranquilamente sentado junto a ella, cuando llamó un criado y me entregó la tarjeta de un «señor que desearía verme... si no me causaba demasiadas molestias...».

Cogí el rectángulo de papel, leí y sentí que se me paralizaba el corazón ante este nombre impreso:

JOHN MAC CORJEAG.

Caí desvanecido.

Cuando volví en mí, me enteré de que había tenido la visita del mayor de los nietos de mi difunto amigo.

Parecerá inverosímil, pero ni la idea de que uno de los hijos de sir Jack Mac Corjeag (del que por otra parte estaba sin noticias desde hacía años), pudiera llamarse John, ni la idea de que dicho hijo (que con toda la razón del mundo yo creía en América) pudiera haber alcanzado e incluso superado el uso de razón y encontrarse en Goldloch al mismo tiempo que yo, se me había pasado por la cabeza.

A pesar de todo, seguramente se comprenderá mi espanto y la turbación que le siguió cuando afirmé que el hombre que había visto de pie en el cementerio se parecía al hombre que yo había metido en su ataúd y enterrado con mis propias manos.

Me dijeron que John Mac Corjeag, el nieto, había venido de Chicago a Goldloch para... ¡mandar abrir la tumba de su abuelo!

El niño había pensado desde su más tierna infancia que su abuelo, a pesar de que ignoraba su vida y su muerte, ¡había sido enterrado vivo!

Padres y doctores habían intentado, aunque en vano, reprimir lo que ellos designaban con el nombre de imaginación mórbida. Cuando el niño se convirtió en un hombre seguía repitiendo: «Al abuelo le han enterrado vivo».

Al terminar sus años de estudio, su padre le había ofrecido un viaje a Europa y él

se había dirigido directamente a Escocia.

Aquellos de Goldloch que eran lo bastante viejos como para acordarse de su abuelo se horrorizaron al verle: a los veintiocho años, parecía que tenía treinta y ocho, edad en la que John Mac Corjeag murió.

Mandó exhumar la tumba de su abuelo y todos pudieron constatar la veracidad de sus afirmaciones: ¡John Mac Corjeag había sido enterrado vivo...!

El anciano que me contó estas cosas se enjugó la frente. Aunque hacía mucho frío aquel día, abrí la ventana; yo también estaba bañado en sudor...

No dije nada.

¿Qué podía decir...? El hecho era éste: ¡yo le había enterrado vivo! Durante mucho tiempo se había debatido entre aquellas tablas que acabaron por asfixiarle. Incluso intentó romperlas, pero el ataúd era grueso, duro y sordo, sordo como la muerte. Entonces, agotado, había dejado caer la cabeza contra la pared de su prisión. Ya no tenía fuerzas para luchar, pero los pensamientos daban vueltas en su cerebro como mariposas embriagadas. ¿A quién había dedicado su último pensamiento...? A mí, sin duda, ¡a mí que le había querido y que le había enterrado vivo!

Me pareció ver en un rincón de la habitación ojos cargados de un reproche penoso como los años que acababan de transcurrir, silencioso como la voz de la nada.

No me equivocaba: Lucie acababa de entrar, y detrás de ella: ¡John!

Se acercó lentamente, según su costumbre, y aunque cegado por la llama de su mirada dirigida a mí, busqué con avidez en su rostro lo que me hubiera permitido creer que no se trataba de él...

Pero era él, con los mismos rasgos, la misma estatura, los mismos cabellos, los mismos ojos y, oh terror... la misma voz que había oído en el cementerio... *la suya*...

John estaba ahora muy cerca de mí, y yo no conseguía tenderle la mano. Tenía miedo del contacto de su carne en la que latía la vida...

No dejaba de mirarme. En sus pupilas brillaba un punto minúsculo, y alrededor de ese punto se movían olas glaucas. Si hasta entonces no había experimentado jamás la sensación de ahogarme en unos ojos, la experimenté aquel día.

Una sonrisa amarga levantaba ampliamente las comisuras de sus labios y dejaba los dientes al descubierto. El oro del cuarto molar, me fijé, no había perdido brillo con el tiempo.

—¿Qué pasa, no os abrazáis? —dijo Lucie en tono enfadado.

Me estremecí, pero mi frágil valor se endureció. Di a John un tierno beso.

El beso que me devolvió era tan tibio que me decepcionó.

Después John volvió la cabeza hacia Lucie y se puso a mirarla largamente. Sentí un profundo dolor al ver que su mirada satánica se posaba en los ojos puros de aquella muchacha, mi nieta. Yo esperaba verla desviar la cabeza, asustada, pero se limitó a ruborizarse ligeramente y, recuperando aquel tono que no era el suyo, ante mi afligida sorpresa, siguió diciendo:

—Abuelo, sir John Mac Corjeag está muy solo; le llevaremos a Francia con

nosotros, ¿verdad...?

—Naturalmente —articulé penosamente, pues algo esencial acababa de romperse dentro de mí.

Unas semanas más tarde, los tres estábamos instalados en mi casa de los alrededores de París.

Yo había hecho y continuaba haciendo un esfuerzo ímprobo para que, de mi cerebro enfermo, se fuera el pensamiento de que John Mac Corjeag había legado su inmortalidad, con sus posibilidades inmensas y sus riesgos no menos grandes, a su nieto y que se había reencarnado en él. Me decía que viviendo con aquel muchacho y observándole minuciosamente no tardaría en descubrir que mi imaginación me había jugado una mala pasada, como ya había ocurrido, y que el John de hoy estaba lejos de ser idéntico al John de antaño. Pero la vida en común no favoreció la aparición de la pequeña particularidad que me hubiera permitido, para aliviarme, diferenciar a los dos Mac Corjeag, sino al contrario.

¿Le preguntaba algo a John? Entonces me daba cuenta de que como el otro, me contestaba más con los ojos que con la boca. Su mirada, a veces, me decía claramente: «¿Por qué me interrogas? Lo que me preguntas lo sabes desde siempre, entonces ¿de qué te sirve interrogarme?».

Le veía reírse y observaba, como en los ojos del otro, moverse en sus ojos extrañas formas negras de desesperados gestos.

Le observaba meditando y veía que sentado en la postura del otro y con las órbitas vacías como las de un ciego o un muerto, mordisqueaba unos cuantos cabellos que se había arrancado...

Le observaba dibujando (¡porque dibujaba!), y seguía siendo al otro al que veía más que a él.

John, el nieto, dejó de existir completamente para mí después de que agotado, con los nervios extenuados, hube renunciado a inútiles comparaciones.

Había recuperado a mi amigo de juventud, pero en lugar de alegrarme de que semejante milagro se hubiera producido, lo lamentaba.

Porque Mac Corjeag ya no me concedía la misma confianza que en el pasado, porque me demostraba, a todas luces, una hostilidad muda, me sentía incómodo frente a él y le huía. Por otra parte él prestaba toda su atención, toda su solicitud y... toda su ternura a Lucie.

Ese estado de cosas me irritaba aunque sin alarmarme, pues mi nieta oponía a su admirador una cierta reserva con un cierto grado de burla infantil. Con frecuencia la dejaba sola con John.

Se le había metido en la cabeza aprender a pintar y se había adueñado de aquel joven profesor que la Providencia le había enviado, según creía. Aquella idea de Lucie no dejó de contrariarme, pero no supe oponerme a ella. Ambos salían en busca

de paisajes, y yo en raras ocasiones les acompañaba.

Pero un día, después de haberles dejado marchar, se me ocurrió la idea de ir en su busca.

Al principio no me hizo muy feliz mi papel de seguidor, y estaba a punto de abandonar la pista que por un momento había creído buena, cuando les vi... a ella, sentada en una rama e inclinando la frente, a él, de rodillas a su lado e ¡implorándola! Escondido detrás de un gran tronco de árbol, esperé la respuesta de Lucie como un condenado espera la sentencia que decidirá su vida. Seguramente mi agitación era tan grande como la del principal interesado y podía contar los golpes que me martillaban el corazón.

¿Qué iba a decir Lucie?

Su silencio duraba demasiado tiempo para terminar en un sí. John impaciente le cogió la mano. Yo esperaba ver a mi nieta levantarse con la majestad de un juez para pronunciar lo irrevocable; esperaba verla huir a toda velocidad en dirección a mí, sin decir una sola palabra. Pero Lucie desbarató mis esperanzas... Saltó prontamente al suelo, se echó en los brazos de John y le abrazó con tal frenesí que sus dos cuerpos rodaron por la hierba.

Creí morir al asistir a aquel espectáculo. Pero las pruebas sucesivas de los últimos tiempos debieron haberme endurecido: no perdí el conocimiento, no grité, no dije nada. Volví a casa, encorvado y con las rodillas temblorosas, como si de repente me hubiera hecho más viejo.

Una vez en casa, me encerré en mi habitación y, por primera vez en mi vida, me eché a llorar.

Lo que tenía que ocurrir había ocurrido. ¿Cómo me había fallado hasta ese punto la perspicacia, a mi edad?

Y es que en lugar de mirar la situación como era, la había mirado como yo quería que fuera. Quería que Lucie siguiera siendo una niña; quería que John no tocara a mi bien, al único consuelo que me quedaba en el mundo.

¡Y la voluntad de Lude y la voluntad de John se habían burlado de la mía...!

¿Qué podía hacer ahora?

Sin duda Mac Corjeag iba a pedirme esa misma tarde la mano de Lucie, que ya tenía estrechamente apretada en la suya. ¡Pues bien!, ¡no conseguiría la mano de mi nieta! Estaba decidido a todo para impedir aquella desgracia.

No fue John el que vino primero, ¡sino ella!

Mientras avanzaba hacia mí, la contemplé como si no la hubiera visto nunca. Sus ojos brillaban demasiado, con una llama fija, y la parte inferior de su rostro tenía una gravedad de mujer madura...

—Abuelo, ¿te molesto? Es que deseo hablar contigo... Tu amigo y yo nos amamos y...

—¡No te casarás con él! —la interrumpí dando un golpe en la mesa con el puño.

Lucie dio un paso hacia atrás, visiblemente asustada. No siguió hablando, esperó... Mi furia aumentó.

—¿Qué esperas? —grité—. No tengo nada más que decirte. ¡No te casarás con él!

Abundantes lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Y seguía esperando. Me enternecí.

—¿Quieres saber por qué me opongo a vuestra unión? Ya eres bastante mayor para saber la verdad: mi amigo se volvió loco, yo conocí demasiado las desdichas de su mujer para dejar que vivas su misma vida. Si pudieras imaginar lo que fue su martirio, ¡tú misma suplicarías sin tardanza a John que se alejara de tu camino!

—Pero John es el nieto de tu amigo —repuso ella dulcemente—, y creo saber que su padre, sir Jack Mac Corjeag, no está loco.

—Lucie, John Mac Corjeag y Jacky Mac Corjeag son seres totalmente diferentes, que no pueden ser comparados, mientras el que tú crees amar y mi amigo no son sino una y la misma persona.

Un suspiro subió de las profundidades de su seno. Pero sus ojos, en lugar de dilatarse en una expresión de horror, o al menos de temor, se dilataron en una expresión de dicha.

—Le amo, no lo puedo remediar —dijo con un amago de sonrisa que la afeaba—, y siento que nada podrá detenerme...

Se puede pensar que ante estas palabras tampoco nada podía detener mi cólera. Pero mi nieta tenía todo el aspecto de haber perdido la razón e increparla hubiera sido provocar a la demente que era en ese momento.

Verdaderamente John la había hechizado.

—Abuelo, nos amamos —repuso por tercera vez (tenía su idea fija)—, y «él» va a venir a verte. Yo le he precedido sin avisar... ¿Debo rogarle que se abstenga esta noche...?

—¡No! Le espero.

Estaba tan pálido cuando se deslizó en la semioscuridad de mi habitación, que me impresionó profundamente. Se colocó ante mí y permaneció inmóvil, mirándome.

Sus ojos eran extraños. Siempre eran extraños, pero no sé si fue a causa de la noche que caía, del drama que se preparaba, no sé si fue un simple efecto de mi impresionabilidad: el caso es que me parecieron más extraños que nunca.

Durante mucho rato nos miramos sin decir nada. Por nuestro silencio pasó y volvió a pasar la Muerte...

De repente desvié la cabeza. No era una capitulación por mi parte. No, estaba dispuesto a llegar a las últimas consecuencias porque se trataba de defender a un ser

que me era más querido que yo mismo, sin duda alguna. Solamente me sentía molesto por aquellas llamas que ardían tan cerca de mis ojos. John no cambió de postura. Estaba en la penumbra, pero vi por el rabillo del ojo su perfil rodeado de luz, su enorme frente de genio fracasado, sus cejas de brujo, sus labios sensuales y colgantes de viejo eclesiástico y me dije que aquel monstruo se iba a arrojar sobre mi bella niña, a devorarla, a hacérmela desaparecer totalmente... No pude soportar más semejante pensamiento y se me escapó este lamento:

—¿Tanto la amas...?

Se sobresaltó como si repentinamente le hubieran sacado de un profundo sueño; a pesar de que en ningún momento se había dormido...

Se acercó a mí y vi claramente en sus ojos cómo temblaba la chispa de la locura. Dijo:

—La amo tanto que la mataré para que sea mía en el país de los muertos, ya que no quieres concedérmela en el país de vida de los vivos. Será mía, lo quieras o no, ¿me oyes?: ¡te la quitaré!

Al principio aquellas palabras me paralizaron. Pero me recuperé en seguida, y me lancé hacia él, rugiendo y dispuesto a estrangular al que acababa de hablar. En ese momento, se produjo algo que jamás he comprendido y que nadie comprenderá jamás. Y, de nuevo, me detuvo el estupor...

Antes incluso de que mis dedos hubieran tomado contacto con el cuello de Mac Corjeag, éste empezó a derretirse, ¡sí, a derretirse! Vi cómo su cara se volvía blanca, sus mejillas se hundían, sus manos se volvían transparentes, sus órbitas se ennegrecían y sus ojos se hundían, lejos, muy lejos...

En el lugar de John, de pie ante mí, había ¡un espectro!

Como no quería ser víctima de una aberración, alargué el brazo para tocar lo que veía. Mi mano encontró una carne fofa y fría y, con la ligera presión que ejerció en aquella carne, la masa de un cuerpo se desplomó en el suelo.

Transcurrieron unos minutos antes de que estuviera en condiciones de salir de la habitación donde John estaba tendido inerte.

Busqué a Lucie y la encontré asomada a la ventana del salón. Se volvió bruscamente al oírme entrar. Tenía la mirada ausente...

Todavía no había yo pronunciado una frase cuando ella se sentó en una butaca y murmuró:

—Es curioso, estoy cansada, tan cansada...

Luego se desplomó y así permaneció.

—¿Sufres, mi querida niña? —pregunté.

No contestó.

Presa de angustia, me arrodillé para ver su rostro... ¡Lucie había perdido el conocimiento!

Todos los esfuerzos que las personas de la casa y yo desplegamos para reanimarla fueron vanos; los de los médicos que llamamos tampoco obtuvieron resultado alguno.

¡Lucie estaba muerta! ¿Podéis concebir semejante cosa? ¡Lucie había dejado de vivir...!

Aquella mujer en flor, aquel radiante símbolo de la vida se había convertido en un cadáver... tan insensible a los golpes como a los besos, al amor como al odio, insensible a mi dolor...

John había dicho: «Te la quitaré». ¡Y me la había quitado! Había conseguido vengarse.

Pero si la muerte de él pareció natural a los hombres de ciencia —que la atribuyeron a una embolia—, la muerte de Lucie sigue siendo, a sus ojos, tan inexplicable como a mis ojos lo es mi vida.

Conservé el cuerpo de mi nieta bastante tiempo a mi lado para tener la certeza de que no sería enterrada viva. Sin embargo por la tarde, a veces, cuando el viento cimbreaba las ramas quejumbrosas de mi jardín, no puedo evitar volver dos y tres veces en la noche al cementerio, y gritar muy alto, mientras me agacho hasta el suelo:

—¡Lucie, mi Lucie, contéstame!

Lucie me contestó. Fue una helada noche cuando yo volvía de su tumba. La encontré junto a mi cama, en la silla donde venía a leer para mí, por la noche. La adiviné más que la vi. Era su actitud y era su voz.

—No vuelvas más allí, abuelo —me dijo—, a partir de ahora seré yo la que vendré a ti. No tiembles, no soy un fantasma, soy tu Lucie, más cercana que nunca. Me he ofrecido a la muerte para dominar la vida. John y yo somos felices. No conocemos ni el temor, ni el odio, ni el hambre, ni el frío. Nuestras almas liberadas de sus cadenas se han unido. ¿No has oído a las demás almas cantar en honor de nuestro himeneo? Estaban a nuestro alrededor apretadas como las flores de un inmenso ramo. Cada una tenía su olor, y sus perfumes reunidos formaban un aroma victorioso: una sinfonía a la gloria de Dios.

»¿Qué son al lado de nuestros amores los más bellos amores de la tierra? Joyas en cajas de hueso, cuya llave sólo la tiene el Señor».



ANTOINETTE PESKÉ (1904-1985), hija del pintor Peské, muy relacionado con los movimientos de vanguardia de principios del siglo xx, a los 8 años expuso en una galería parisina una selección de dibujos y poemas. Guillaume Apollinaire, que frecuentaba el estudio de Peské, no tardó en interesarse por los versos de Antoinette y llegó a seleccionar unos cincuenta con la intención de publicarlos. El poeta falleció antes de llevar a cabo este proyecto, y la joven autora no volvió a los caminos de la poesía. Su obra se reduce a algunos poemas, varios cuentos infantiles y dos libros: *Ici le chemin se perde* escrito en colaboración con su marido Pierre Marty y *La caja de hueso*.